SI RUSIA GANARA

BEST SELLER
INTERNACIONAL



Un escenario más que probable

CARLO MASALA

PENÍNSULA

Índice

Portada

Portadilla

Prefacio

Narva, Estonia. 27 de marzo de 2028

Palacio de las Naciones, Ginebra. Tres años antes

Europa y Estados Unidos. Un viento de cambio

Rusia. ¿Un deshielo en Moscú?

Ucrania. Después de Ginebra: un país sumido en el caos

Bruselas. Capacidades limitadas en defensa

Moscú. Estrategia

Kidal, Mali. 2 de febrero de 2028: empieza la partida

Bruselas. 5 de febrero de 2028: Europa muerde el anzuelo

Mar de la China Meridional. 28 de febrero de 2028: ayuda de un aliado

Seattle. 27 de marzo de 2028, 01.00 UTC

Berlín. 27 de marzo de 2028, 02.20 UTC

Berlín. 27 de marzo de 2028, 06.30 UTC

Moscú. 27 de marzo de 2028, 07.00 UTC

Cuartel general de la OTAN, Bruselas. 27 de marzo de 2028, 12.00 UTC

La Casa Blanca, Washington D. C.. 27 de marzo de 2028, 12.15 UTC

80° 49′ 35,2″ N, 66° 27′ 12,5″ O. 28 de marzo de 2028, 10.27 UTC

Cuartel general de la OTAN, Bruselas. 28 de marzo de 2028, 14.00 UTC

Rzhev, Rusia. 29 de marzo de 2028, 07.00 UTC

Moscú y Beijing. 30 de marzo de 2028: un nuevo centro

Conclusión

Notas

Créditos

Si Rusia ganara

Un escenario más que probable

Carlo Masala

Traducción de Juanjo Estrella

PENÍNSULA

Prefacio

La protagonista está en peligro. El malo de la película la sujeta con fuerza, ella no alcanza a recuperar su pistola, el avión está lleno de explosivos y su trayectoria lo lleva inevitablemente a estrellarse contra la Casa Blanca. El público contiene la respiración. La situación parece desesperada. Pero entonces llega el giro de guion. La joven consigue zafarse de su abrazo, recupera el arma, endereza el rumbo del aparato y... aunque han estado a punto de estrellarse, la película acaba bien.

Estamos acostumbrados a pensar que todo acaba bien. Así funcionan las cosas en las películas de Hollywood. Así fue en 1945, y también en 1989. No todo sale siempre bien desde el principio; eso sería muy aburrido. Sin embargo, al final, todo acaba saliendo como debe. Así que sí, claro que nuestra democracia, Ucrania y Occidente, se encuentran bajo presión. Los populistas ganan las elecciones, las tropas rusas avanzan, Donald Trump es presidente. Al final, no habrá para tanto. Rusia no nos atacará, nuestra democracia sobrevivirá, Occidente seguirá siendo fuerte.

Pero ¿y si las cosas no acaban así? ¿Y si gana Rusia?

Para entender lo que hay en juego y qué consecuencias podrían derivarse de qué decisiones, debemos saber qué podría ocurrir. Ahí radica la fuerza de contemplar distintos escenarios. En el campo de la ciencia, pero también en el de la planificación política y militar, la

estrategia centrada en considerar escenarios posibles es un método que se usa para simular desarrollos futuros sobre la base de tendencias y acontecimientos presentes. El objetivo es identificar las condiciones y los factores que podrían determinar esos acontecimientos y extrapolar creativamente a partir del presente.

Los escenarios expanden en nuestra mente el ámbito de las posibilidades. Sirven para contrarrestar la complacencia intelectual y los horizontes políticos a corto plazo. Solo captaremos del todo lo que está en juego en Ucrania y en nuestra época cuando nos planteemos lo que podría ocurrir si las cosas no acabaran bien.

Es posible que Rusia gane en Ucrania. Es posible, incluso, que ya haya ganado cuando este libro se publique. ¿Quién lo sabe con seguridad? Aunque, en mi opinión, ya constituiría una victoria rusa que consiguiera quedarse con el territorio que ha ocupado. Es posible que haya a quien Ucrania no le importe. Y un número considerable de personas puede llegar a pensar: «Mejor si la guerra acaba por fin: así las cosas podrán volver a la normalidad. Démosle a Rusia lo que quiere y habrá paz». Pero ¿es así? ¿De verdad todo esto tiene que ver solo con Ucrania? ¿Y si fuera solo el principio? ¿Y si la seguridad europea y nuestro mundo liberal en su totalidad estuvieran en juego y nosotros, una vez más, estuviéramos escondiendo la cabeza debajo del ala? El escenario que planteo en el presente libro explora cómo podría desarrollarse todo.

El futuro siempre es incierto. Nadie sabe qué aguarda en él, y nadie puede prever todos los factores e interacciones que van a determinarlo. Así pues, un escenario es solo una de las muchas maneras posibles en que pueden suceder los acontecimientos. Es importante tenerlo en cuenta a la hora de leer este libro; no aspiro a la profecía. Mi meta es animar a la reflexión y al debate, profundizar en el pensamiento. También deseo hacer hincapié en lo siguiente: si

ensayamos escenarios como estos, lo hacemos para evitar que ocurran en la vida real.

Mi escenario se basa en datos, investigaciones académicas y debates que he mantenido a lo largo de los dos últimos años con numerosos colegas y con expertos tanto de Gobiernos como integrantes de las Fuerzas Armadas, cuya misión consiste en contemplar las implicaciones de una victoria rusa en Ucrania para el despliegue de políticas de seguridad. Además, incorporo ideas extraídas de ejercicios de simulación en los que he tenido ocasión de participar, bien de manera activa o en calidad de observador. En todo caso, el escenario tal como lo expongo en estas páginas lo he desarrollado yo solo. En círculos sobre políticas de seguridad y defensa se han barajado y abordado otros escenarios, entre ellos una amplia operación militar contra algún miembro de la OTAN. No presento el mío en formato académico, a pesar de haberlo desarrollado de acuerdo con unos criterios que sí lo son. Además de un relato puramente descriptivo de acontecimientos, he incluido diálogos imaginarios para facilitar que los lectores sientan que están observando la acción desde cerca. Por último, planteo este escenario de forma muy condensada. En la realidad, las cosas podrían ocurrir con una complejidad considerablemente mayor. A nivel operativo tendrían lugar innumerables debates y reuniones, y sin duda se producirían centenares de llamadas telefónicas y videoconferencias entre las partes implicadas. En aras de la legibilidad, he omitido gran parte de esos detalles y me he centrado en los acontecimientos principales.

He tenido ocasión de conversar con muchas personas mientras escribía la presente obra, y deseo hacer extensiva mi gratitud a todas ellas. Un agradecimiento especial va para Sebastian Ullrich, de mi editorial alemana C. H. Beck, por haber apoyado desde el

principio la creación del libro con su estilo habitual, mezcla de sosiego y profesionalidad, acompañando el proceso hasta su conclusión como *sparring* intelectual y editor brillante. También le agradezco a mi colega Martin Schulze Wessel la analogía de la remilitarización de Renania.

CARLO MASALA,
agosto de 2025

Narva, Estonia

27 de marzo de 2028

La ciudad despierta entre explosiones a primera hora de la mañana. Dos brigadas invaden Narva desde el norte y el este. Los atacantes, cubiertos con pasamontañas, vencen rápidamente a las tropas fronterizas estonias. Los soldados rusos tampoco encuentran demasiada resistencia en la propia localidad, y no tardan en acabar con la poca que les sale al paso. Cuentan con el apoyo de parte de la población civil, a la que llevan unos meses suministrando armas cortas y ametralladoras. Ubicada en la frontera con Rusia y con 57.000 habitantes, se trata de la tercera ciudad estonia por población. Los rusos la conquistan en cuestión de horas. Al amanecer del día siguiente, la bandera rusa ya ondea en la aguja del histórico ayuntamiento. En las redes sociales, a tiempo real, circulan vídeos del izado de la bandera con la etiqueta #DayOfReturn.

La invasión rusa llega de improviso. Es cierto que la población rusófona de Narva lleva semanas manifestándose, denunciando que se le impide usar su lengua en ámbitos públicos y exhibir su cultura. Espoleados por la desinformación de las redes sociales, esos habitantes también temen que el Gobierno de Tallin los convierta en ciudadanos de segunda y los prive del derecho a voto. Según noticias que se propagan por Facebook y Telegram, lo justifican con

el argumento de que se los considera un riesgo para la seguridad dada su proximidad y sus vínculos con Rusia. También se han producido diversas escaramuzas entre esos «rusos» y la policía estonia. Pero todo eso es algo que ya ha ocurrido otras veces, y el Gobierno del país había dado por sentado que la situación podría controlarse, como en el pasado. Se había detectado una concentración de pequeñas unidades militares rusas en la frontera, pero no se consideró que supusieran una amenaza seria. De hecho, en el país hay militares de la OTAN: 1.700 soldados que forman parte de la Presencia Avanzada Reforzada (Enhanced Forward Presence o eFP, por sus siglas en inglés), y 600 más de la infantería de Estados Unidos posicionados en Võru. Los responsables políticos no dejan de asegurarse a sí mismos que es suficiente como medida disuasoria.

Es más, en los días previos al ataque, la atención de Estonia y de la OTAN se ha concentrado en el extremo sur de la frontera entre Estonia y Rusia, donde una división del ejército de la Federación ha realizado maniobras que se integran en los llamados «Ejercicios de la Operación Patria». Y así es como triunfa el ataque sorpresa. En un espacio de tiempo tan breve no cabe plantear siquiera una respuesta de las tropas de la OTAN dirigidas por Gran Bretaña, situadas a unos 145 kilómetros de Narva.

El ataque a Narva no es la única operación que el ejército ruso lleva a cabo esa noche. Desde hace unos días, soldados de ese país disfrazados de turistas se dedican a trasladar embarcaciones a la isla de Hiiumaa, frente a las costas de Estonia. Y ahora, al fin, pasan a la acción. Cuentan con el apoyo de dos buques de guerra anfibios de la flota del Báltico, que han realizado un inesperado cambio de rumbo cuando, procedentes de San Petersburgo, se dirigían a las aguas internacionales del mar Báltico, y se acercan por el norte a la

segunda mayor isla de Estonia (aunque muy poco poblada). Todavía es de noche cuando hacen descender las lanchas, y unos 400 marineros rusos desembarcan en la costa de Hiiumaa para dar apoyo a los soldados que ya se encuentran en la isla. Tampoco allí la resistencia tarda en sucumbir. Por la mañana, la bandera rusa ondea en la localidad de Kärdla, que cuenta con unos 4.000 habitantes.

En apenas una noche, Rusia se ha apoderado de dos ciudades estonias y ha pillado por sorpresa a todos los miembros de la OTAN. Desde la perspectiva rusa, ambas operaciones son estratégicamente lógicas. En el caso de Narva, acaban de conquistar una ciudad que es rusófona en un 88 por ciento; Hiiumaa, por su parte, facilita a la Armada rusa la posibilidad de amenazar con un bloqueo naval y, si conviene, de aplicárselo a los Estados bálticos entre los puertos de San Petersburgo, al norte, y de Kaliningrado, al sur.

Otro acontecimiento, más destacable aún, también tiene lugar esa misma noche: el presidente de Bielorrusia, Lukashenko, anuncia que, en los próximos días, se dispone a enviar varias brigadas de las Fuerzas Armadas de su país a Astravets, una pequeña localidad fronteriza, situada a apenas 50 kilómetros de Vilna, para la realización de unos ejercicios militares.

Acaba de empezar el ataque a los Estados bálticos.

Palacio de las Naciones, Ginebra

Tres años antes

El ambiente es gélido cuando las delegaciones de Ucrania y la Federación Rusa se reúnen en Ginebra, en el Palacio de las Naciones. Asisten cinco representantes de cada parte, tras varias semanas de trabajo en la redacción del texto del tratado, con la mediación de Estados Unidos y China. Esos hombres y mujeres llevan en guerra desde 2022, y el cansancio hace mella en sus rostros, en sus posturas. Todos han envejecido, aunque algunos apenas pasan de los treinta años. Los ucranianos saben lo que tienen que hacer: lo que Estados Unidos y China, pero también Rusia, esperan de ellos. Han llegado a Ginebra a firmar su capitulación. No se trata de una rendición formal, sino de la entrega de más del 20 por ciento del territorio ucraniano —una tierra por la que llevan años luchando, con considerables pérdidas—. Pero ahora ya no cuentan ni con los efectivos, ni con el material, ni con el apoyo de Occidente, necesarios para proseguir con la lucha.

El presidente Zelenski mantuvo un último encuentro con sus socios occidentales apenas ayer por la tarde. En él señaló las consecuencias catastróficas que una victoria rusa tendría para la seguridad europea, y solicitó un aumento sustancial de la ayuda

para mantener la lucha. Pero los ánimos han cambiado. El presidente de Estados Unidos argumentó que hace demasiado tiempo que no se produce el menor avance. ¿Qué batallas ha ganado Ucrania? ¿Cuánto territorio ha recuperado últimamente? Él ya no puede seguir justificando ante la opinión pública de su país todo el dinero que dedican a gasto militar para apoyar a Ucrania. Si, con esa misma cantidad de dinero, comprase Groenlandia, la ratio tierra-dólar resultaría mucho más beneficiosa. «Yo no cierro malos acuerdos...»

El primer ministro británico intentó intervenir. «Presidente, Europa...» Pero no llegó ni a terminar la frase. «Europa... debe pagar por su seguridad», fue la respuesta. Rusia ha perdido tantos hombres y equipos militares que será fácil de disuadir en el futuro. Ha llegado la hora de poner fin a esta guerra. «Si el señor Zelenski quiere seguir luchando, que lo haga. Pero que asuma él los gastos.» En la sala se hizo un silencio incómodo. «Zelenski debe darse cuenta de que el juego ha terminado», publicó un periódico francés la mañana siguiente, poniendo esas palabras en boca del presidente de Francia.

La Unión Europea no ha conseguido aumentar la producción del material bélico necesario para la defensa ucraniana hasta un nivel que le permita garantizar un suministro constante. Así pues, no es capaz de contrarrestar la pérdida del apoyo estadounidense. Evidentemente, casi todos los líderes europeos, entre ellos la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, llevan meses repitiendo una y otra vez que, si Estados Unidos se retira, será el turno de Europa. Pero cuando ese turno llega, resulta que todo era palabrería, como ha sido siempre desde que se inició la invasión rusa a gran escala. La situación económica de la mayoría de los países europeos es tan difícil que los Gobiernos dudan si deben

gastar más en Ucrania. Además, el temor a tener que acoger a más refugiados de ese país está llevando a un cambio de actitud en muchos lugares. A los políticos les preocupa que aumente el apoyo electoral a partidos populistas de los dos extremos del espectro político, a derecha e izquierda, que apelan con éxito a los votantes desautorizando el apoyo a Ucrania. Todo ello ha dejado al presidente Zelenski sin más opción que iniciar unas negociaciones de alto el fuego con Rusia.

Los resultados de las conversaciones se presentan ante la opinión pública internacional como la Paz de Ginebra, pero en realidad se trata de la Capitulación de Ginebra. Ucrania no solo debe ceder más del 20 por ciento de su territorio, sino que también se ve obligada a incluir una cláusula de neutralidad permanente en su Constitución por la que se excluye su adhesión a la OTAN. Como forma de compensación, se acuerda la aplicación de un programa de reconstrucción financiado por el Banco Mundial, pero no solo para las partes de Ucrania controladas por el Gobierno, sino también para los territorios ocupados por Rusia.

Para supervisar el alto el fuego, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) encargará la creación de una fuerza pacificadora formada por tropas de China, de los países europeos y de algún otro Estado. Su misión consistirá en informar de violaciones del acuerdo de alto el fuego por cualquiera de las dos partes al Consejo de Seguridad de la ONU. En todo caso, su mandato queda lejos de constituir una disuasión militar creíble para impedir potenciales nuevos ataques por parte de Rusia.

Y así, el conflicto armado más largo que ha tenido lugar en Europa desde el fin de la Segunda Guerra Mundial termina con la derrota de Ucrania. Mientras los políticos europeos hacen hincapié en que los territorios que Rusia se ha anexionado nunca serán reconocidos

como rusos según la ley internacional, y en que se trata de un acuerdo temporal («mantenemos la firme esperanza de poder, en un futuro no muy lejano, negociar con la Federación Rusa la devolución de esos territorios y, por supuesto, el resto de Ucrania goza de pleno apoyo económico, político y militar de Occidente»), los medios de comunicación rusos celebran el acuerdo como lo que es: una victoria de Rusia. En los programas de televisión del país no paran de ajustar cuentas con Occidente, para variar. Algunos presentadores describen el fracaso de la OTAN en su apoyo a Ucrania como el principio del renacer de la fuerza y la grandeza rusas en la política internacional. Según ellos, nadie debería creer que Rusia se conformará solo con lo que ha conseguido. El proyecto del Mundo Ruso, que aspira a devolver todas las regiones rusófonas a la esfera de influencia rusa, no ha terminado, ni mucho menos. Los Estados bálticos, Moldavia y Georgia siguen en el punto de mira de la Federación.

En cuanto a Occidente, son muy pocas las voces que describen la derrota de Ucrania como una seria amenaza al orden europeo de seguridad. El ánimo general es distinto. Algunos lo expresan abiertamente, otros se muestran más cautos. Pero se percibe por todas partes: es un alivio que esta guerra haya terminado.

Europa y Estados Unidos

Un viento de cambio

En cuanto se firma la capitulación de Ucrania, surgen críticas contra los que han sido vehementes defensores del apoyo militar y político a Ucrania durante la guerra contra Rusia. El argumento planteado, sobre todo por partidos populistas de derechas e izquierdas, lo resumen muy bien las palabras del futuro presidente de Francia, del partido Rassemblement National (antes Frente Nacional), que durante su campaña afirma: «Los partidos belicistas no solo han estado a punto de llevar a la ruina a sus propias economías, sino que también han prolongado esta guerra innecesariamente; al resultado de esta podría haberse llegado hace un año y medio, lo que ha privado a miles de ucranianos, si no a centenares de miles, de la posibilidad de seguir con vida hoy».

Ese es el tono general que domina el discurso en Europa y Estados Unidos, lo que supone una inyección para los partidos populistas de la Unión Europea que se alinearon con Rusia desde el principio de su guerra de agresión. Esos partidos obtienen victorias en elecciones regionales y nacionales a lo largo y ancho de Europa. Además de Francia, el Gobierno italiano, de derechas, también está modificando el rumbo de su política exterior y de seguridad. Si el

país fue uno de los que apoyaron a Ucrania durante la guerra (aunque más en lo político que en lo económico o en lo militar), tras la capitulación de Ucrania es frecuente escuchar a los italianos exigir que se contemple, cuando menos, la recuperación de las relaciones con Rusia.

Las prioridades en política exterior también están cambiando en Estados Unidos. Ahora que la guerra de Rusia contra Ucrania ha terminado, al menos en su fase de mayor intensidad, cada vez son más las voces republicanas y demócratas que piden dejar el orden europeo de la posguerra mundial a los europeos y concentrar los esfuerzos estadounidenses en la región del Indo-Pacífico. Así, no tarda mucho en llegar el consenso en relación con una reducción del número de tropas en Europa y con un nuevo despliegue en Asia.

Rusia

¿Un deshielo en Moscú?

Vladímir Putin anuncia su dimisión y, al hacerlo, sorprende al mundo entero, sobre todo al corresponsal de la cadena pública alemana ARD, que hace apenas dos días lo ha definido como el «presidente eterno». («Su control del poder es más fuerte que nunca.») En una alocución televisada, Putin declara la victoria de Rusia sobre Ucrania, que considera «un importante hito histórico en el camino del retorno de Rusia como gran potencia». Rusia ha mostrado al mundo que «incluso la mayor y más agresiva de todas las alianzas militares, la OTAN, es incapaz de derrotar a la Rusia eterna y de ponerla de rodillas». Ha llegado la hora de ceder a otro la tarea de completar la «misión histórica de Rusia». Aunque no va a retirarse por completo ni se va a dedicar a la caza y la pesca, en el futuro asumirá su papel desde un segundo plano, como presidente de la Fundación Nueva Rusia.

Putin designa como sucesor a Oleg Obmanshchikov, economista de cuarenta y siete años. Añade que, por supuesto, la Duma todavía debe aprobar la nominación de Obmanshchikov, pero que no anticipa problemas en ese sentido, dado que ya ha informado a los líderes de los principales partidos con representación en la cámara.

Los medios de comunicación internacionales se lanzan de inmediato a largas especulaciones sobre las razones que han llevado a Putin a dar este paso. ¿Su círculo más íntimo lo ha obligado a dimitir a causa de las desastrosas pérdidas humanas y económicas sufridas por Rusia en la guerra? ¿Está tan enfermo que entrega las riendas del poder a otro como medida de precaución? ¿Intenta presentar, ante los observadores extranjeros y su propia población, a un líder joven con ganas de emprender reformas, mientras que él y los servicios de seguridad (el FSB), entre bastidores, seguirán moviendo los hilos como siempre?

Esta última teoría viene avalada por el hecho de que la mayoría de las sanciones impuestas por la Unión Europea y Estados Unidos siguen en vigor, a pesar del Tratado de Ginebra. Una «cara nueva» podría traducirse en que, quizá, estas se levanten pronto. En todo caso, y en último extremo, se trata solo de conjeturas. Como ha ocurrido siempre, la prensa no tiene acceso al círculo más cerrado del Kremlin, y cuando analiza los motivos de Putin va más o menos a ciegas.

Lo que se sabe de Obmanshchikov es que procede del sector financiero ruso, y que en su juventud pasó un tiempo estudiando en el Reino Unido, antes de trabajar para la empresa de contabilidad Ernst & Young en Dubái. A primera vista, es el polo opuesto de Putin o Serguéi Lavrov: joven, carismático y cosmopolita.

En su primera intervención oficial ante la nación, que pronuncia en la Duma pero que, claramente, también va dirigida a un público internacional, Obmanshchikov defiende la anexión de las regiones ucranianas de Donetsk, Lugansk, Zaporiyia y Jersón, así como la de Crimea, a las que describe como parte del corazón de Rusia. Sin embargo, también destaca que está dispuesto a hablar con Ucrania sobre la normalización de las relaciones. No aclara qué quiere decir

con ello, pero, para las relaciones futuras entre Rusia y Ucrania, recurre a la misma fórmula que Billy Brandt usó en su discurso inaugural como canciller federal en 1969, cuando definió la República Federal de Alemania y la República Democrática Alemana (RDA) como «dos Estados, una nación».

El uso de la frase causa cierto revuelo en Alemania. Es recibida con particular entusiasmo por miembros del Partido Socialdemócrata (SPD). La facción que consideraba que el apoyo a Ucrania del excanciller Olaf Scholz durante la guerra de agresión rusa había sido un error estratégico se sale con la suya en el partido, así como en su grupo parlamentario. Es algo así como regresar a la década de 1980, cuando un tal Mijaíl Gorbachov se convirtió en secretario general del Partido Comunista y estuvo a la altura de las esperanzas depositadas en él como reformador del comunismo soviético. ¿Por qué no podría ocurrir lo mismo con Obmanshchikov?, se preguntan muchos en el SPD y en otras formaciones.

Se toma nota puntualmente de los planes para resucitar los acuerdos de control armamentístico que el nuevo presidente ruso anuncia por sorpresa al mundo durante sus primeros meses en el cargo. Naturalmente, existe escepticismo y desconfianza. ¿Se puede confiar en Obmanshchikov, o es solo un títere de los servicios secretos o del ejército? Nadie, ni siquiera los distintos servicios de inteligencia de los países europeos y de Estados Unidos, tiene una respuesta a esas preguntas, y obtener una impresión personal —entre jefes de Estado y de Gobierno— resulta difícil, pues Rusia sigue aislada en la esfera internacional.

En cualquier caso, todo el mundo fija la mirada en Moscú con gran interés, esperando que se inicie un deshielo tras esa lúgubre edad de hielo. Se diría que, en Occidente, muchos están desesperados por

evitar una nueva guerra fría, debido a los inmensos recursos que esta consumiría.

Discretamente, se envían emisarios a la capital rusa para que se formen una imagen más clara del nuevo hombre del Kremlin. En los comunicados de los diplomáticos que han conocido personalmente a Obmanshchikov y a su círculo más estrecho se comenta, en todos los casos, más o menos lo mismo: es cierto que «no podemos estar seguros» de quién sostiene a Obmanshchikov, pero él, en sí, es «un reformador listo, carismático, cuyo deseo de cambio resulta obvio cuando se lo conoce en persona».

Esa impresión se ve reforzada en las múltiples entrevistas que el nuevo presidente de Rusia concede a medios de comunicación internacionales. Existe una esperanza generalizada de que en Moscú reine un nuevo Gorbachov, cuya meta sea sacar al país de su pasado oscuro y llevarlo a un futuro nuevo, tal vez democrático.

Ucrania

Después de Ginebra: un país sumido en el caos

Desde la región del Dombás, activistas en favor de los derechos humanos consiguen hacer llegar al resto del mundo algunos mensajes que explican otra historia muy distinta. En cuanto cesaron los intensos combates, se iniciaron movimientos masivos de refugiados desde los territorios ocupados. Fuentes sin confirmar hablan de hasta un millón y medio de personas. Y el nuevo presidente de Rusia sigue adelante, sin oposición, con la política de rusificación. Habitantes de Rusia son reubicados en territorios hasta hace poco ucranianos, y los ucranianos que se niegan a reconocer la legitimidad del Gobierno ruso son enviados a campos de «reeducación». También prosigue la oleada de adopciones: aún es posible que padres rusos adopten a niños ucranianos, independientemente de si estos tienen padres biológicos vivos en Ucrania.

Y, sin embargo, estas atrocidades que siguen produciéndose merecen escasa atención por parte de la opinión pública internacional. Nadie parece preocupado, más allá de unos pocos grupos activos financiados por la diáspora ucraniana en Europa. El estado de ánimo dominante es el alivio porque la Gran Guerra, que

es como la llaman los ucranianos, haya terminado. Imperan la esperanza y el deseo de unas mejores perspectivas de futuro.

De hecho, hablar de «fin» de la Gran Guerra no es del todo cierto, porque se repiten las escaramuzas entre las Fuerzas Armadas rusas y ucranianas en la frontera que separa los territorios ocupados por Rusia y la Ucrania «libre». Estas tienden a durar varios días, y se cobran vidas en ambos bandos. La misión de verificación de la ONU toma nota de ellas y envía un informe a la sede de Naciones Unidas en Nueva York. Pero la cosa no pasa de ahí.

En la fase final de la guerra, antes de la capitulación de Ucrania, el ejército ucraniano y los servicios de seguridad colaron, o crearon, una especie de fuerza armada partisana en los territorios ocupados. Para que pudieran llevar a cabo sus actividades, se establecieron en ellos grandes depósitos de armas. Ese Ejército Ucraniano Libre, como se hace llamar, lanza con regularidad ataques contra comisarías de policía y mata a funcionarios rusos que trabajan en la administración de esos territorios, mediante atentados con coches bomba y recurriendo a otros métodos. Después de cada ataque culminado con éxito, la policía y el ejército rusos, así como diversos servicios de seguridad que operan en la zona, toman represalias y someten a una mayor represión a la población civil ucraniana que sigue viviendo allí.

Naturalmente, la situación en el resto de Ucrania es más tranquila. Ya no hay ataques de drones rusos, ni lanzamiento de misiles de crucero, de bombas planeadoras, de misiles balísticos.

Pero ello no ha hecho que las cosas, automáticamente, mejoren demasiado. Grandes áreas del país son inmensos montones de escombros. Innumerables pueblos y ciudades han quedado arrasados durante la guerra. Las infraestructuras energéticas se han visto severamente dañadas; con frecuencia no hay suministro

eléctrico ni agua corriente. El Estado ucraniano se encuentra básicamente en quiebra, el dinero aportado por organizaciones internacionales de donantes para la reconstrucción del país no alcanza ni de lejos para ejecutar los proyectos de infraestructura más básicos, y el desempleo no deja de crecer. La catastrófica situación económica implica no solo que sean pocas las personas que estén regresando de las que se fueron durante la guerra, sino también que surgen nuevas oleadas de ucranianos jóvenes y bien formados que emigran a la Unión Europea.

Simultáneamente, en el país reaparecen nuevos conflictos: oligarcas y militares contra el Gobierno, el presidente contra el alcalde de Kiev, etcétera. Se trata de conflictos que quedaron en segundo plano durante la guerra, pero que ahora resucitan. Ha llegado la hora de ajustar cuentas.

La sociedad civil ucraniana está tensa. Los veteranos de guerra y las personas con discapacidad, que dependían del estado de bienestar público, protestan casi a diario exigiendo más apoyo económico y mejor atención médica. Además, se convocan regularmente manifestaciones de sindicatos y otros grupos que reclaman sus derechos de manera vehemente y, en ocasiones, violenta.

La tensa situación política y económica del país facilita que los servicios secretos rusos puedan reclutar a informantes que, de manera regular, les proporcionan información reservada de varios ministerios, así como de las Fuerzas Armadas. Las sumas de dinero que las autoridades rusas pueden permitirse pagar hacen que algunos ucranianos olviden que están colaborando con (o, para ser más exactos, trabajando para) el Estado que hace apenas unos meses quería aniquilarlos. ¿Y quién puede recriminárselo, dado el estado catastrófico en que se halla sumido el país?

La desesperada situación económica de Ucrania, así como sus cada vez más intensos conflictos sociales y políticos, llevan a un resurgir de fuerzas orientadas hacia el este, es decir, que miran a Moscú como su única posibilidad de recuperación económica. Con un activo apoyo financiero y organizativo de oligarcas prorrusos y de los servicios secretos de ese país, al que se suma una campaña de desinformación masiva, esas fuerzas políticas prorrusas acaban obteniendo la mayoría de los votos en las elecciones parlamentarias. El presidente Zelenski, con amplios poderes según la Constitución, intenta impedir ese cambio de rumbo y disuelve el Parlamento. Pero no lo consigue, porque su decisión se topa con la oposición tanto de la comunidad internacional —que teme que Ucrania se convierta en una dictadura presidencialista— como de la población del país. Los primeros ministros nombrados por Zelenski no duran mucho en el cargo, porque no cuentan con mayoría en la Verjovna Rada (o 'Rada Suprema') y son destituidos regularmente por la mayoría parlamentaria prorrusa, que presenta una sucesión de votos de confianza. Para impedir que el país llegue a una situación de ingobernabilidad y parálisis completa, Zelenski decide finalmente convocar unas elecciones presidenciales que pierde. El «acuerdo de paz» ha sumido a Ucrania en el caos.

Bruselas

Capacidades limitadas en defensa

En la OTAN hay quien se pregunta: ¿debemos disuadir a Rusia? Y, en caso afirmativo, ¿son suficientes nuestras capacidades? Antes de la capitulación, mientras aún se libraban importantes batallas en Ucrania, existía cierta conciencia entre los países europeos de la necesidad de invertir en sus propias capacidades disuasivas. Pero ahora, ¿se trata de algo aún vigente? Aunque Estados Unidos sigue instando a sus aliados a invertir más en su propia defensa, haciendo hincapié en que las tropas estadounidenses desplegadas en Europa se reducirán en un futuro no muy lejano a causa de la reorientación de Estados Unidos hacia Asia, numerosas capitales europeas se mueven en la dirección contraria.

Hay quien afirma que ahora que Rusia ha puesto fin a su guerra contra Ucrania (y, lo más importante, ahora que su ejército ha sufrido considerables pérdidas en el conflicto), el foco de la defensa europea debería ponerse más en apoyar a Ucrania y no tanto en el rearme sostenido de los Estados miembros de la OTAN.

Otros defienden que desde hace años se ha trabajado para superar las dos mayores brechas en su capacidad militar, que son, por una parte, la inadecuación de las defensas aéreas europeas y, por otra, su debilidad en cuanto a misiles de crucero convencionales

de un alcance que permita llegar a territorio ruso. Se cree que estacionar misiles hipersónicos estadounidenses Dark Eagle en Wiesbaden, como parte de las Operaciones Multidominio de la OTAN, proporcionaría suficiente disuasión. Sin duda, Rusia no se atrevería a lanzar un ataque a gran escala contra ningún miembro de la OTAN porque, en respuesta a este, importantes aeródromos rusos, así como unidades militares y centros logísticos y de comunicaciones, podrían resultar rápidamente destruidos. Además, ya se ha iniciado el desarrollo de sistemas europeos propios, acordados por Francia, Polonia, Italia y Alemania.

Es más, la OTAN va muy por delante del ejército ruso en cuanto a armamento convencional, según los más críticos con unas políticas de defensa más potentes y, por tanto, más costosas. Además, al nuevo presidente de Rusia debería dársele la oportunidad de demostrar, de manera creíble, su nuevo rumbo de moderación. Una escalada armamentística en Occidente le dificultaría innecesariamente la implantación de reformas en su país. Aumentando las políticas de disuasión solo se conseguiría una cosa: respaldar a las fuerzas conservadoras rusas. Eso es algo que incluso el vaquero de gatillo fácil ve con claridad. Después de todo, no podemos ignorar la historia. Si Europa ha aprendido algo de las devastadoras guerras del siglo XX es que deben darse todos los pasos posibles para asegurar la paz y romper con la lógica de la escalada militar, que siempre lleva a la destrucción. No hay nada malo en sacrificarse uno mismo si así se ayuda a llegar a un acuerdo.

Esa es una actitud que se ve con preocupación en la Europa central y del este, así como en los Estados bálticos. El abandono del consenso que existía durante la guerra —que Rusia plantea la mayor amenaza de seguridad para el continente europeo en un futuro

previsible— dispara el temor a que pueda verse menoscabada la credibilidad de la defensa colectiva en el marco del Artículo 5 de la OTAN.

La mayor parte de los Gobiernos de la Europa occidental rechazan por exagerados los informes procedentes del cuartel general militar y estratégico de la OTAN, con sede en Bruselas, según los cuales la Alianza carece de las capacidades decisivas en numerosas áreas para repeler de manera rápida y contundente un potencial ataque ruso en territorio de la Organización. Para estos, mantener la estabilidad social en sus respectivos países es más importante que prepararse para un costoso conflicto militar entre la OTAN y Rusia.

Y dado que países como Alemania, Francia, Italia y el Reino Unido no pueden comprometerse a aumentar sus presupuestos de defensa, se mantiene la brecha en aspectos como la adquisición de munición, la logística y la capacidad digital, y sobre todo en comunicaciones.

También se produce un fracaso manifiesto a la hora de abordar la cuestión de la capacidad de expansión de las fuerzas de la OTAN, esto es, su capacidad para movilizar de manera rápida a soldados adicionales durante un potencial conflicto con Rusia. Durante la guerra de agresión de Rusia contra Ucrania, se coincidía en que, en primer lugar, hacían falta más soldados en activo en las fuerzas de la Alianza y, en segundo lugar, en que debía garantizarse la capacidad de expansión en caso de conflicto. Ahora, en cambio, ambos aspectos se ignoran.

Ni siquiera el anuncio formal de la administración de Estados Unidos de que se plantea reducir el número de tropas destinadas a Europa en un futuro próximo para centrarse en la región del Indo-Pacífico logra persuadir a la mayoría de los jefes de Estado y de

Gobierno de la OTAN de la necesidad de modificar sustancialmente sus políticas de defensa.

Así pues, no está claro que los planes operativos desarrollados en 2023, en los que se detallaba la defensa del territorio de la OTAN contra una agresión rusa, vayan a poder aplicarse adecuadamente. Cuando el comandante supremo aliado en Europa pide a los países que designen unidades específicas para cubrir diversas zonas geográficas, son muchos los que muestran una extrema lentitud en su respuesta. A modo de excusa, aluden a las unidades europeas estacionadas en Ucrania como parte de la misión de verificación de la ONU, y defienden que ya disuaden a Rusia sobre el terreno. La disuasión en el flanco este de la Alianza —es decir, en el Báltico— ha dejado de resultar tan importante.

La preocupación de los mandos en el cuartel general de la OTAN en Bruselas es considerable ante esa apatía de las capitales europeas. Muchos planificadores militares temen que, si el apoyo militar convencional estadounidense se ve significativamente reducido, o incluso retirado por completo como consecuencia de algún conflicto paralelo en la región del Indo-Pacífico, no haya bastantes soldados en Europa capaces de sobrevivir a un conflicto prolongado con Rusia. Claramente, algunos políticos europeos intentan restar importancia a esos déficits militares y ensalzan las capacidades. Aun así, es poco probable que ese planteamiento sirva para convencer a Rusia.

El canciller alemán, en particular, nunca se cansa de enfatizar que la afirmación que Olaf Scholz hizo en 2022, en el sentido de que Alemania estaba preparada para defender todos y cada uno de los kilómetros cuadrados del territorio de la OTAN, también vincula al Gobierno actual. Pero cuando a los desesperados jefes del Estado

Mayor del Ministerio de Defensa alemán se les pregunta al respecto, se limitan a encogerse de hombros y a preguntar: «¿Con qué?».

Entretanto, la producción de armamento en Rusia avanza a toda máquina. Cada año, la Federación consigue reclutar y equipar a 150.000 soldados con los que mantener las Fuerzas Armadas del país. Su industria de defensa es capaz, incluso, de presentar desarrollos de alta tecnología gracias a inversiones procedentes de China y la India, sobre todo en la construcción de nuevas fragatas y cazas de combate. Cuando se le pregunta por ese gigantesco programa armamentístico, el presidente ruso Obmanshchikov responde que a su país, que, claramente, carece de intenciones agresivas hacia ningún otro, debe permitírsele reconstruir su ejército en aras de la autodefensa.

En toda Europa hay planificadores militares que temen que, en caso de un conflicto a gran escala con Rusia, las fuerzas de defensa europeas presenten tantas brechas de capacidad que el territorio de la OTAN solo pueda defenderse a expensas de considerables pérdidas. Simultáneamente, destacan el peligro extremo de las debilidades visibles de la OTAN, y señalan que, desde la perspectiva rusa, esas vulnerabilidades multiplican la probabilidad de éxito de una operación militar limitada contra algún Estado miembro de la OTAN.

Aun así, esas voces críticas, que casi en todos los casos proceden del estamento militar, son desestimadas por los líderes políticos, en ocasiones de manera muy directa. La postura general es que los trabajos para mejorar las capacidades disuasorias de la OTAN y sus Estados miembros avanzan a buen ritmo, y que las Fuerzas Armadas rusas necesitan al menos entre cuatro y seis años, si no más, para reorganizarse. También se alzan voces en el seno de los Gobiernos que instan a los actores políticos a esperar para ver si el nuevo

presidente ruso resulta ser un moderado, un político que retrasará los relojes y devolverá las cosas a lo que eran antes.

A la menguante voluntad de aplicar los ambiciosos pronunciamientos de 2022 y 2023 se suma el estancamiento de la economía en casi todos los países de la OTAN. En ningún sitio es posible convencer a la población para que gaste aún más en defensa, lo que implicaría introducir recortes en servicios públicos, pensiones y estado de bienestar. Los países de la Europa central y oriental, así como los Estados bálticos, son los únicos en los que la percepción de amenaza se mantiene elevada. En ellos la gente no se cree la campaña de encantamiento del nuevo presidente ruso. Ve lo que ocurre en los territorios ucranianos anexionados por Rusia, y alerta en contra de la repetición de los errores del pasado. Advierte de que, anestesiados, estamos cayendo en la misma trampa en la que caímos antes de 2022. Pero sus advertencias, como las profecías de Casandra, caen en gran medida en saco roto.

Moscú

Estrategia

La comunidad internacional observa al nuevo presidente de Rusia con interés y, en algunos casos, con fascinación. Las diversas propuestas de Obmanshchikov para aliviar tensiones entre Oriente y Occidente se debaten activamente en círculos de expertos y entre un público más general. Aun así, si bien en sus diversos discursos, entrevistas y visitas de Estado da la impresión de inaugurar una nueva era, un grupo selecto de hombres mantiene un encuentro secreto en Moscú, a instancias suyas, para abordar la estrategia futura de seguridad del país.

El grupo está formado por el jefe de gabinete de la administración presidencial, antiguo general y principal confidente de Obmanshchikov; el recién nombrado jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas rusas, un veterano de la guerra de Ucrania; los jefes del servicio de inteligencia militar (GRU), y del servicio de seguridad interior (FSB); e Ígor Palachov, estrecho colaborador de Vladímir Putin y dueño de una empresa privada de seguridad que lleva a cabo operaciones encubiertas por todo el mundo en nombre del Estado ruso. Su misión, tal como expresa el propio presidente durante esa primera reunión, ha de consistir en buscar maneras y medios de mantener el rumbo político fijado por Putin. Está claro

que la economía rusa no puede permitirse mantener una guerra durante otros tres años o más. Pero, a pesar de ello, es imperativo que el país aumente su influencia en su entorno inmediato y redoble su pretensión de situarse a la misma altura que Estados Unidos y China.

Lo que más sorprende a los hombres que escuchan las palabras del presidente es el comentario de este sobre alcanzar el mismo nivel que China. Porque, de hecho, desde la guerra contra Ucrania, Rusia ha quedado relegada al papel subalterno en sus relaciones con la superpotencia asiática emergente. Sí, claro está, los comunicados oficiales siguen hablando de la amistad inquebrantable entre los dos países, pero la realidad es bien diferente. Las sanciones han dañado severamente la economía rusa, volviéndola muy dependiente de las importaciones procedentes de China, y las empresas de ese país llenan los vacíos dejados por la retirada de las occidentales. Años de negociaciones en relación con el gasoducto bautizado como Poder de Siberia 2, concebido para transportar gas ruso a China, han concluido en acuerdo. Pero los chinos han conseguido un precio ventajoso para ellos, y Rusia se ha visto obligada a vender su gas a la República Popular a unos precios relativamente bajos. En muchos ámbitos se habla ya de Rusia como de «la gasolinera barata de China».

El reto al que se enfrenta el grupo convocado es el de desarrollar una estrategia que no conduzca directamente a una confrontación abierta con la OTAN. «Porque —tal como comparte el jefe del Estado Mayor de Defensa en una reunión posterior, esta sin el presidente—, aunque hemos realizado avances significativos en la reconstrucción de nuestro ejército, seguimos siendo inferiores a la OTAN en numerosas capacidades convencionales. No podemos arriesgarnos a

una situación en que la OTAN pueda reaccionar de manera rápida y decidida.»

«En mi opinión —interviene el jefe de la inteligencia militar—, Occidente muestra múltiples debilidades. En primer lugar, su empeño en aumentar y equipar a su ejército se ha estancado. En segundo lugar, no parece que ni las élites políticas ni la opinión pública general estén preparadas para pagar de nuevo un elevado precio, después de años apoyando a Ucrania, ni siquiera si de lo que se trata es de defender pequeños territorios dentro del área de responsabilidad de la OTAN. Y, por último, el temor a una escalada nuclear sigue siendo muy elevado, sobre todo en Alemania. Es cierto que estos puntos no influyen en la misma medida en los países de la Europa central y del este que en los de la "Vieja Europa" y Estados Unidos. Pero, según nuestras valoraciones, esos países por sí solos no serían capaces de defender el territorio de un miembro pequeño de la OTAN durante un largo periodo de tiempo.»

«Políticamente, bastaría con demostrarle a Occidente su propia incapacidad para actuar —replica Palachov—. Eso en sí mismo ya generaría un daño considerable en la Alianza. Si ese es el resultado de nuestra operación, queridos amigos, entonces ya podríamos considerarla un éxito.»

Todos coinciden en algo: se les ha encomendado una misión de alto riesgo. No pueden permitirse perpetrar el mismo error que cometieron en las jornadas previas a la «operación militar especial» de 2022. En ese momento, a Putin le presentaron unos informes falsos con los que satisfacer su deseo de lanzar una operación y lo convencieron de que esta concluiría con relativa rapidez, porque gran parte de la población ucraniana vería la invasión de Rusia como una liberación, y porque Occidente era, supuestamente, demasiado

débil y estaba demasiado dividido como para dar una respuesta firme y conjunta.

Los asistentes a la reunión acuerdan que no pueden asumir el mismo planteamiento de entonces, cuando a lo largo de todo 2021 se dedicaron a concentrar tropas en la frontera. El jefe del Estado Mayor resume la situación: «No podemos ordenar que se lleven a cabo importantes maniobras militares y después mantener a las tropas en la región limítrofe con los Estados bálticos, al tiempo que planteamos exigencias políticas a Washington. Cualquier gran movimiento de tropas por nuestra parte sería percibido de inmediato por la OTAN y por Estados Unidos como una repetición de 2021, y responderían con represalias políticas, militares y económicas».

Y prosigue. «Tampoco contamos con motivos inequívocos para esperar que una nueva acción militar nuestra contra otro Estado vaya a ser apoyada de manera automática por nuestros aliados clave, como China y la India, sobre todo si el conflicto se alarga.»

Ya durante la «operación» en Ucrania, la India solo se mostró parcialmente del lado de Rusia, y eso porque se benefició del embargo de petróleo. Y el Gobierno de Beijing fue perdiendo la paciencia al constatar que Rusia no era capaz de poner fin a la operación de manera más rápida y determinante a su favor.

«Otro aspecto que debemos tener en cuenta —añade el jefe del FSB— son los ánimos de nuestra población. No es que tema una oposición seria a una nueva campaña militar (nuestro control de la oposición es demasiado férreo para que se dé), pero esta vez es importante preparar psicológicamente a la gente para que acepte la necesidad de una operación de esas características por el bien de la patria.»

«Así pues, la cuestión es —zanja Palachov, que pretende avanzar en la conversación—: ¿Cómo podemos desarrollar en esas

condiciones una campaña que no desemboque en una gran derrota rusa, o incluso en una Tercera Guerra Mundial?»

Se producen unos instantes de vacilación, a los que pone fin la intervención del jefe de gabinete. En alusión a los recuerdos de su formación militar, sorprende al grupo con la siguiente sugerencia: «¿Por qué no usamos como modelo la remilitarización de Renania?».

«¿La remilitarización de Renania? —pregunta Palachov, atónito—. ¿A qué se refiere?»

El exgeneral observa a los presentes, complacido, sin duda, por poder impartir a los demás una breve lección de historia. «La región alemana de Renania fue desmilitarizada de acuerdo con el Tratado de Versalles de 1919 —explica—. Los franceses, sobre todo, temían que la presencia de tropas alemanas en Renania pusiera en peligro su seguridad. Aun así, el 7 de marzo de 1936, 30.000 soldados de la Wehrmacht cruzaron los puentes del Rin para remilitarizar Renania. A modo de justificación, Hitler aludió al tratado de ayuda mutua franco-soviético, ratificado en febrero de ese mismo año. El plan de los nazis pasaba por retirarse de inmediato si encontraban alguna resistencia a la remilitarización, pero, si no la hubiera, quedarse. Simultáneamente, el avance de las tropas alemanas se acompañó de una retórica pacifista por parte de los nacionalsocialistas, que insistían en que la Alemania nazi no tenía intenciones agresoras contra sus vecinos. Lo sorprendente del caso es que el Reino Unido se lo creyó, y no reaccionó a aquella incursión; tampoco lo hizo Francia. Y así fue como la Wehrmacht permaneció en Renania.

»Así pues, el objetivo de la campaña rusa —prosigue— debería ser poner a prueba la disposición de los Estados de la OTAN a responder ante un avance de nuestro país. La campaña en cuestión debe acompañarse de una retórica que deje claro desde el principio que el avance de las tropas rusas se centra exclusivamente en una zona

limitada y que, más allá de ella, no tenemos ninguna ambición. Si, contrariamente a nuestras expectativas, se produce una rápida respuesta de la OTAN, podemos cancelar la operación y retirarnos rápidamente del territorio capturado para salvar las apariencias.

»Deberemos recurrir al elemento sorpresa. Por una parte, no podemos esperar a que nuestras Fuerzas Armadas se encuentren plenamente reconstituidas, porque eso también daría a los Estados de la OTAN tiempo para resolver sus brechas de capacidad. En el caso de una respuesta unida de la OTAN a las acciones rusas, improbable pero no inconcebible, nosotros pasaríamos a estar inmediatamente en desventaja. Para evitarlo, debemos crear una situación en que los Estados de la OTAN de manera individual, y sobre todo Estados Unidos, se vean temporalmente distraídos de los acontecimientos que tengan lugar sobre el terreno.»

Esta idea encuentra el apoyo de todos los asistentes. Salen de la reunión tras consensuar el desarrollo de una estrategia concreta vinculada a ese marco de acción, y tras acordar encontrarse de nuevo para abordar los detalles. También coinciden en que esas conversaciones deben mantenerse restringidas a un círculo muy estrecho, y que el plan solo habrá de presentarse al presidente cuando el acuerdo sea unánime. El jefe de gabinete del presidente promete informar a este sobre el encuentro, pero sin entrar en detalles específicos.

Kidal, Mali

2 de febrero de 2028: empieza la partida

Esa noche, cuando Anaya se dispone a regresar a su casa, nota frío; ni rastro del calor y el bochorno al que está acostumbrada. Al salir del trabajo se ha ocupado de varios recados, y ahora ya vuelve para reunirse con su marido, Abdoulaye, y sus tres hijos. La casa se encuentra a las afueras de Kidal, en el norte de Mali, una ciudad que ha pasado por muchas vicisitudes en los últimos años. Primero fue un destacamento yihadista; después, las tropas gubernamentales la retomaron alrededor de 2024 y la pusieron una vez más bajo su control. De una población de 25.000 habitantes, más de una tercera parte ha huido. Algunos se han desplazado al sur del país, concretamente a Bamako, la capital. Otros se han instalado en la vecina Argelia, donde las fuerzas de seguridad los han concentrado en campos de refugiados. Anaya y su familia se quedaron; esperan resistir hasta que el horror de la guerra cese en algún momento.

La situación se ha tranquilizado desde que el ejército maliense ha recuperado el control de la ciudad. Aunque siguen librándose batallas aisladas entre las fuerzas gubernamentales y los yihadistas en las inmediaciones, las masacres que perpetraban contra la población civil grupos vinculados a Al-Qaeda y al Estado Islámico parecen ser cosa del pasado. Todo ello ha ayudado a Anaya,

empleada en la administración municipal, a sentirse más cómoda en su decisión de permanecer en Kidal con su familia y no huir, como tantos de sus conocidos y familiares. Abdoulaye y ella, como muchos otros residentes, se sorprendieron en su día al constatar que unos hombres uniformados, que hablaban ruso, empezaban a patrullar las calles de la ciudad junto con tropas malienses. Pero de momento no se han preocupado demasiado, y han dado por sentado que de esa manera aumentan sus posibilidades de vivir con mayor seguridad.

Y eso han seguido pensando hasta esta noche gélida en que tantas cosas están a punto de cambiar..., y no solo en la vida de Anaya.

Al principio es solo el fragor de unos vehículos que pasan lo que la confunde. Por lo general, en su barrio no hay tanto tráfico por las noches. Aun así, una vez que llega a casa deja de darle importancia, porque está ocupada con las tareas habituales de la vida doméstica. Pero cuando oye unos gritos estridentes le pide a su marido que se asome a la ventana a ver qué ocurre.

Lo que Abdoulaye ve en la calle le suscita al momento una enorme inquietud: unos grandes camiones de remolque abierto transportan a numerosos soldados malienses, así como a unos pocos mercenarios rusos, reconocibles por sus uniformes. En ese momento se detienen, los soldados bajan y empiezan a entrar en las casas. A gritos, van sacando a los vecinos de Anaya —hombres, mujeres y niños; jóvenes y viejos— a la calle. Acto seguido, apuntándolos con sus armas, los obligan a montarse en los camiones de color verde caqui, que son sin duda militares. Sucesivamente llaman a todas las puertas de la calle. Abdoulaye mira a su derecha y comprueba que lo mismo ocurre en otra vía lateral.

«No sé qué está pasando —le explica a Anaya—, pero tenemos que irnos de aquí ahora mismo.»

Ella lo observa, incrédula.

«Están sacando a todo el mundo de su casa. Tenemos que irnos... ¡Ahora!»

Anaya se queda paralizada. Pero si la paz acababa de regresar a su ciudad, y los combates habían cesado... Eso no puede estar pasando.

«¿Qué ocurre?», piensa frenéticamente.

Pero, mientras los pensamientos se agolpan en su mente, nota que Abdoulaye la sujeta con firmeza por el antebrazo y tira de ella y de los niños, que lo siguen escaleras abajo, desde la tercera planta. Cuando llegan a la puerta de entrada y salen, los recibe el destello cegador de unos focos. Encuentran un camión aparcado delante de su casa. La intensa luz apenas les permite distinguir las formas de las armas que les apuntan. Se oyen gritos desesperados.

Llevan ya horas viajando en el remolque del camión, hacinados como animales camino del matadero. Finalmente, el vehículo se detiene. Fuera se oye un alboroto de voces. Apenas se entiende nada. Alguna palabra en árabe, algún fragmento en otra lengua extranjera, retazos de algo que suena europeo... El aire está viciado en el camión. Apesta a sudor, orina y heces. Anaya ha perdido todo sentido del tiempo. ¿Llevan viajando ocho o quince horas? No lo sabe. Entre ese amasijo de cuerpos, se ha adormilado varias veces, para despertar aterrorizada al pensar qué va a ocurrirles a ella y a sus hijos. Abdoulaye está acurrucado a su lado, no se ha separado de ellos ni un momento, pero no le sirve de mucho consuelo. Su temor parece aún más palpable que el de ella.

Anaya se pregunta por qué se ha detenido el camión. ¿Van a entregarlos a otros, quizá, incluso, a traficantes de esclavos

mauritanos? Le han llegado historias de personas que son secuestradas y trasladadas a Mauritania para que trabajen como esclavas. También podría tratarse de algo vinculado a los mercados de esclavos del Estado Islámico. Ella ha oído que todavía existen, y que en ellos venden a hombres y a mujeres a los terroristas yihadistas.

Tras lo que parece una eternidad, retiran de pronto la lona que cubre el remolque del camión. Lo iluminan con unos focos intensos, y cuesta ver a la gente que aguarda fuera. Ella solo oye unos gritos en inglés: *Out, out, out!* y *Go, go, go!* Cuando salta del camión, y mientras la vista se le adapta lentamente a la oscuridad, se da cuenta de que se han detenido en pleno desierto. Ve a centenares de personas bajando de numerosos vehículos. Unos hombres —algunos llevan uniforme, otros no— los agrupan, encañonándolos con sus armas. Supone que debe de haber trescientas o cuatrocientas personas concentradas ahí. Sigue sin tener ni idea de por qué. Ahora, además del temor a la esclavitud, también siente el pánico a morir abatida a tiros.

Un hombre algo corpulento, vestido de uniforme, que por su aspecto está claro que no es ni africano ni árabe, se planta delante de la multitud. Lo acompaña otro algo demacrado, de ascendencia africana, vestido de civil, que le sirve de intérprete.

—Desde aquí —grita el hombre corpulento— os llevaremos a la costa, donde embarcaréis rumbo a Europa. Quien se resista se enfrentará a consecuencias inmediatas.

Acto seguido se vuelve hacia los soldados armados que se encuentran detrás de él y les transmite una orden. Ellos se acercan más a todos los congregados y, a gritos, les ordenan que empiecen a moverse.

Después de caminar durante más de un día, el aire huele a salitre, a mar. En todo caso, no los han llevado a ningún puerto, sino a una playa normal y corriente. Allí los obligan a subir a unas barcas estrechas de madera que los trasladan hasta unos buques anclados a cierta distancia de la costa. Las tripulaciones son de origen árabe. Una vez a bordo de uno, a Anaya la meten en la bodega inferior con su familia y casi todos los demás cautivos. Los pocos que no caben en el casco se quedan en cubierta. Poco después, todas las embarcaciones zarpan a la vez.

Bruselas

5 de febrero de 2028: Europa muerde el anzuelo

La última oleada de refugiados que se dirige a Europa desde la costa sur del Mediterráneo no pasa mucho tiempo desapercibida. Todos los días, hasta quinientas personas llegan a Malta o a alguna de las islas Canarias. Se trata de una ruta alternativa, ahora que Lampedusa está bien custodiada por la Armada y la policía italianas.

Al mismo tiempo, varias agencias de noticias informan de que sus fuentes en Oriente Próximo y el norte de África vuelven a constatar que las embajadas rusa y bielorrusa emiten visados en masa a ciudadanos sirios, afganos, iraquíes y sudaneses, cuya posesión los faculta para adquirir billetes de avión a Moscú y Minsk a precios relativamente bajos. Se trata de algo que recuerda a lo ocurrido en 2021, cuando Bielorrusia intentó colar ilegalmente a varios miles de refugiados en Polonia.

En el Consejo de Asuntos Exteriores de la Unión Europea se percibe una intensa sensación de urgencia. En la reunión que con suma celeridad se convoca el 5 de febrero de 2028, el Consejo decide desplegar una fuerza de respuesta rápida y fortalecer el papel del Frontex, la policía fronteriza europea. Alemania se suma a Francia, Italia y España y se compromete a aportar dos fragatas a la

EUROMARFOR (Fuerza Marítima Europea), una unidad de reacción rápida que tiene como misión controlar la migración ilegal en el Mediterráneo.

En el Ministerio de Defensa alemán se alzan voces escépticas que señalan que desplegar las fragatas debilitará peligrosamente la protección del mar Báltico. Sin ellas, la Armada alemana no podrá cumplir con sus compromisos en el marco de los planes defensivos de la OTAN. Pero los políticos ignoran esas advertencias. Alemania ha experimentado en los últimos tiempos una caída significativa del número de refugiados, desde que el Gobierno ha empezado a devolverlos a sus países de origen de manera sistemática: a Ucrania, pero también a Siria, donde tras la caída de Assad se ha instaurado un gobierno que, aunque islamista, respeta, al menos, algunos derechos humanos. Nadie está dispuesto a arriesgarse a que las cifras se disparen de nuevo, pues ello no haría sino dar alas a los dos extremos del espectro político, a derecha e izquierda. Por tanto, los políticos alemanes consideran que no cabe más opción que participar en esa misión, y lo justifican tanto en términos de política interior como exterior.

Mar de la China Meridional

28 de febrero de 2028: ayuda de un aliado

Las tensiones entre Filipinas y China han alcanzado nuevas cotas a finales de febrero. El conflicto se centra en el banco de arena Ayungin, en el mar de la China Meridional, un atolón disputado a causa de los importantes depósitos de petróleo, gas y tierras raras que se cree que contienen sus inmediaciones. Cuando Filipinas se ve obligada a evacuar temporalmente un pequeño contingente de soldados de la marina en vísperas de la llegada de un tifón, China envía de inmediato a sus Fuerzas Armadas e instala sistemas autónomos submarinos para monitorizar la zona. Unas imágenes satelitales proporcionadas a Filipinas por el Gobierno estadounidense también muestran que China ha trasladado a una docena de soldados y operarios de la construcción al atolón y ha empezado a instalar un sistema de radar.

En respuesta a las acciones chinas, Filipinas envía a su guardia costera con un buque patrullero con la intención de hacer valer sus reclamaciones y restaurar el control territorial. Aun así, China ya ha establecido una zona de exclusión marítima en torno al atolón.

La ocupación china se apoya en una agresiva campaña en las redes sociales. Miles de cuentas falsas apuntalan los canales oficiales

de propaganda china con el argumento de que el atolón pertenece históricamente a China, y que enviar allí a soldados y establecer una zona de exclusión marítima no es más que una medida puramente defensiva contra la prolongada influencia, ilegal, de Filipinas en la región. Esa campaña agresiva, contra la que la diplomacia filipina tiene poco que ofrecer como respuesta, se hace sentir en el sureste asiático. Si bien la opinión pública sigue siendo muy profilipina en los primeros días, la tendencia cambia y paulatinamente se acerca más a una comprensión de las acciones de China.

Cuando más lo necesita, Filipinas pide apoyo militar y diplomático a Estados Unidos, su principal aliado. Y aunque la Casa Blanca tiene muy pocas ganas de arriesgarse a una confrontación militar directa con el gigante asiático por un atolón del mar de la China Meridional, Washington se siente obligado a responder de alguna manera. En primer lugar, por el acuerdo bilateral de defensa que existe entre ambos países y, en segundo lugar, porque entiende que dejar que los chinos se salieran con la suya ante esa provocación sería como abrir unas compuertas. Aun así, en conversaciones entre el presidente de Estados Unidos y su asesor de Seguridad Nacional, surge un desacuerdo inicial sobre si la respuesta a la ocupación china del atolón debe ser dura desde el principio, o más controlada. Sí existe coincidencia en la necesidad de enviar el grupo de ataque del portaaviones George Washington a aguas internacionales, y de plantear una protesta al Gobierno chino a través del embajador estadounidense en Beijing.

Asimismo, discuten otras medidas, como el lanzamiento de ciberoperaciones ofensivas con la idea de alterar la logística y las comunicaciones de China, y el despliegue de drones submarinos equipados con sensores a fin de monitorizar la actividad subacuática del gigante asiático. Pero el temor a que China, entonces, se

aproveche para generar una escalada mayor y amenace a Taiwán desaconseja optar por un enfoque más agresivo. En el Consejo de Seguridad Nacional, a quienes se oponen a esas medidas les preocupa que un movimiento de esa naturaleza los lleve a perder el control de la situación. Dado que China es la tercera potencia nuclear del mundo, esa vía de acción no sería aconsejable.

Mientras la Casa Blanca sigue buscando una estrategia adecuada, la tensión en el banco de arena Ayungin aumenta. Durante un intento de la Armada filipina de hacer cumplir las reivindicaciones territoriales de su país sobre la isla, un barco chino dispara con un cañón de agua contra un guardacostas filipino y lo deja inservible; otro de los buques filipinos que entra en la recién declarada zona de exclusión marítima china es abordado con tanta fuerza por uno de los buques patrulleros chinos que se hunde. A pesar de ello, todos los marineros y soldados filipinos que iban a bordo son rescatados sanos y salvos.

Entretanto, en las redes sociales se libra una feroz batalla comunicativa que aviva el sentimiento nacionalista en ambos países. En concreto, un vídeo *deepfake* del ministro de Defensa filipino en el que amenaza a los chinos con graves represalias por haber hundido el patrullero alimenta aún más las tensiones en ambos bandos.

La Asociación de Naciones de Asia Sudoriental (ASEAN), organización regional a la que Filipinas ha pedido que medie en el conflicto durante una reunión de urgencia, ha sido incapaz de emitir un comunicado claro. La influencia de China sobre países como Camboya y Laos impide a estos oponerse al gigante asiático, y otros países, como Malasia y Birmania, prefieren no posicionarse en el conflicto.

Todos los llamamientos de Filipinas a la parte china para que resuelva el conflicto por vías diplomáticas han resultado infructuosos

y han generado el efecto contrario: China está aumentando la presión. En su empeño por mantener a Estados Unidos al margen del conflicto, sigue adelante con la fortificación del banco de arena Ayungin, y envía dos submarinos nucleares al estrecho de Taiwán con el pretexto de unas maniobras militares.

Estados Unidos responde a la escalada con un doble enfoque. En primer lugar, establece una vía de comunicación secreta con el Gobierno chino y con los líderes del país a través del embajador estadounidense. No informa al Gobierno filipino de ese contacto, y mucho menos lo involucra. Simultáneamente, Estados Unidos envía otro grupo de ataque con portaaviones a aguas internacionales. Aunque la línea oficial de la Casa Blanca es que no se descarta ninguna opción a la vista de la escalada agresiva de China, Beijing interpreta la disposición estadounidense de resolver el conflicto a través de conversaciones secretas, y sin la implicación de Filipinas, como un signo de debilidad. El Estado chino y los líderes del partido deducen de ello que Estados Unidos no está dispuesto a entrar en guerra por un atolón.

En Rusia, la crisis en el mar de la China Meridional se recibe con júbilo. Está claro que Rusia ha solicitado a sus aliados chinos que creen una distracción para desviar la atención en el flanco oriental de la OTAN. Pero que el gigante asiático haya ido más lejos y haya convertido sus propios intereses en el estrecho de Taiwán en el motivo de esa maniobra de distracción, tal como ha hecho al desplegar submarinos nucleares, es más de lo que nadie podría haber soñado.

Seattle

27 de marzo de 2028, 01.00 UTC

Son casi las seis de la tarde, hora local, del 26 de marzo de 2028 cuando el asistente personal del presidente de Estados Unidos, que acude a la conferencia anual de proveedores eléctricos estadounidenses en Seattle, le alarga a este su criptófono. «Señor presidente, es el director de la CIA.» Para atender la llamada, el presidente se dirige a una esquina y se hace rodear de sus asesores.

«¿Qué es eso tan urgente? —pregunta—. ¿Por qué me llama por esta línea?»

«Presidente, disponemos de imágenes por vía satélite y de informes confirmados sobre el terreno de que unidades rusas van camino de Narva, Estonia, y de que varias lanchas rápidas están cruzando el río. También hemos interceptado comunicaciones de radio de la flota rusa del mar Báltico que indican que está a punto de iniciarse una operación de escala media. Aun así, nuestros analistas no están seguros sobre el objetivo, ni sobre la dirección desde la que se aproximan.»

«¿Han sido informados el secretario de Defensa y el secretario de Estado?»

«No, señor», responde el director de la CIA.

«Pues infórmeles», le ordena secamente el presidente.

Después de devolver el teléfono móvil, se dirige a un miembro de su gabinete. «Tengo que llamar al canciller alemán, al primer ministro británico, al presidente francés y al secretario general de la OTAN. Consígame una línea segura. Pero antes preparen una videollamada con el secretario de Estado, con el secretario de Defensa, con el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, con el asesor de Seguridad Nacional y con el director de la CIA.»

La reunión del presidente con su equipo de seguridad más próximo tarda un poco en comenzar; antes, todas las partes deben ser trasladadas a espacios seguros, lo que, en el caso del secretario de Estado, no resulta del todo fácil, pues se encuentra de visita oficial en Chile, y el único espacio que la CIA considera seguro es la embajada de Estados Unidos en Santiago.

El presidente inicia el encuentro compartiendo la información confidencial de la CIA, que para ese momento ya todos los asistentes han recibido. Acto seguido les pide que evalúen la situación.

Invita a hablar primero al asesor de Seguridad Nacional, que carraspea y dice: «Lo más probable es que nos enfrentemos a un ataque limitado por parte de Rusia a un Estado miembro de la OTAN. Por el momento no existen indicios de grandes movimientos de tropas, que sugerirían una invasión a gran escala. Sin embargo —añade—, no sabemos qué sorpresas tiene preparadas Rusia. En ese sentido, las próximas horas van a ser críticas».

«¿Cuáles son nuestras opciones?», pregunta el presidente al secretario de Defensa.

«Contamos con aproximadamente 700 soldados destinados en Estonia que podrían desplegarse para recuperar territorio. Junto con los 1.700 de la OTAN, deberíamos ser capaces de superar cualquier amenaza, siempre y cuando los rusos no envíen refuerzos masivos.

Y siempre que no desplieguen contra nosotros su fuerza aérea ni sus misiles.»

El presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor lo interrumpe sin que nadie le haya concedido la palabra. «Si hiciéramos eso, presidente, estaríamos ante una confrontación directa entre la OTAN y Rusia. Y entonces tendríamos que destruir objetivos en su territorio con nuestros misiles de crucero, para impedir que siguieran agrupándose más tropas rusas. O la Federación podría disparar misiles balísticos contra blancos en Europa.»

«¿Entraríamos en guerra con Rusia? —quiere saber el presidente —. ¿Estamos hablando de la Tercera Guerra Mundial?»

«Así es, señor», responde el mando máximo del ejército estadounidense. Y todos los demás asistentes, desde sus pantallas, asienten.

«Pero si no hacemos nada, presidente —replica el secretario de Estado—, habremos perdido. La credibilidad de Estados Unidos se resentiría a ojos de nuestros aliados, no solo en Europa, sino también en Asia. Se fortalecería el Eje de los Revisionistas.»

Al secretario de Estado últimamente le ha dado por recurrir al término «Eje de los Revisionistas», en sus discursos, para hacer referencia a la conexión entre países como Rusia, China, Corea del Norte e Irán. Los acusa de querer erosionar el orden internacional dominado por Estados Unidos.

«¿Qué opciones tenemos, más allá de una respuesta militar directa?», pregunta el presidente a los presentes en la reunión virtual.

«No muchas», responde el asesor de Seguridad Nacional.

«Pero ¿cuáles? —insiste, irritado, el presidente—. ¡Dígame cuáles!»

«Bien... —El asesor aspira hondo—. Podríamos acercar la Segunda Flota a la región del mar Báltico y poner a las Fuerzas Armadas en alerta máxima para dar a entender a los rusos que estamos preparados para cualquier escenario.»

El director de la CIA añade al momento: «Pero para evitar que los rusos vean todo esto como unos preparativos para un ataque a gran escala, debemos comunicarnos con ellos. No hay nada más peligroso en situaciones como esta que un malentendido».

«¿Se supone que tengo que llamar a Obmanshchikov? —pregunta el presidente, desconcertado—. Pero si ni siquiera nos conocemos en persona.»

«No, señor, no tiene por qué hacerlo usted. Al menos, no de momento —replica el asesor de Seguridad Nacional—. Antes lo intentaremos por otros canales. Pero si eso no funciona, entonces sí, señor, tendrá que descolgar usted el teléfono.»

El presidente pone fin a la videoconferencia después de ordenar a los militares que trabajen las opciones que han abordado y que, antes de aplicarlas, las hagan llegar a través de canales de comunicación directa con Moscú.

En apenas dos horas, el presidente mantiene otra conferencia, en este caso con los jefes de Estado y de Gobierno de los aliados más importantes de Estados Unidos, miembros también de la OTAN, así como con el secretario general de la Organización. El presidente se muestra muy claro en relación con el importante mensaje que quiere transmitirles. No piensa arriesgarse a una Tercera Guerra Mundial por una pequeña localidad estonia, pero está dispuesto a ejercer presión militar sobre Rusia para que retire sus tropas.

Berlín

27 de marzo de 2028, 02.20 UTC

La noticia del ataque ruso corre como la pólvora. Con ella abren los noticieros de todos los canales de televisión alemanes, que en su mayoría se apresuran a emitir especiales informativos a primera hora de la mañana.

El canciller alemán pasa la noche en un hotel de Fráncfort, ciudad en la que, la tarde anterior, ha pronunciado el discurso de apertura durante una importante conferencia del Deutsche Bank. Le despierta a las 4.20 a. m., hora local, una llamada de su jefe de gabinete, que le informa del ataque ruso. Poco después, ya se encuentra camino del cuartel general de la policía de la ciudad, donde un helicóptero militar lo espera para llevarlo a Berlín. Durante las aproximadamente dos horas de trayecto hasta la capital, el canciller intenta hacerse con una panorámica general de la situación, en la medida en que se lo permite el momento, y teniendo en cuenta que va encajado en el asiento de un helicóptero. Los dosieres que le han preparado a toda prisa no contienen demasiadas novedades. Y dado que el encuentro de la tarde anterior tenía que ver con la industria financiera, solo lo acompaña su director de despacho, el secretario de prensa del Gobierno y el responsable de la política financiera de la cancillería

federal, lo que implica que el canciller deberá esperar a llegar a Berlín para acceder a la información reservada de todas las fuentes.

Cuando llegan al helipuerto de la cancillería federal, a las 7.19 a.m., lo reciben su jefe de gabinete, el asesor de Seguridad Nacional y el inspector general de las Fuerzas Armadas federales. En el corto recorrido a pie que los separa del edificio, y durante el ascenso hasta la séptima planta, donde se ubica el despacho del canciller, los tres hombres intentan ponerle al día de los últimos acontecimientos. La novedad más importante es la videoconferencia con los presidentes de Estados Unidos y Francia, con el primer ministro británico y con el secretario general de la OTAN, programada para dentro de una hora.

Mientras el canciller alemán se encuentra en su despacho abordando la situación con sus asesores de más confianza, el director ejecutivo del mayor fabricante de armas de Alemania se sube a su limusina blindada, a unos 600 kilómetros al oeste de Berlín, camino del aeropuerto, donde le espera el *jet* que ha de llevarlo a la capital. En plena noche, el máximo responsable de la Dirección General de Armamento, adscrito al Ministerio Federal de Defensa, ha solicitado a los directores ejecutivos más importantes de la industria armamentística alemana que pospongan todos sus compromisos y acudan a Berlín para asistir a una reunión urgente. El vicealmirante que dirige el departamento sabe muy bien que esta podría tener que ver con preparar la economía alemana para una guerra a largo plazo. Insiste en que, por motivos de seguridad, la reunión sea presencial; no quiere que se celebre por videoconferencia ni a través de llamada telefónica por temor a que los intercepten servicios de inteligencia extranjeros.

Así pues, el director ejecutivo de Ruhreisen, el mayor fabricante europeo de vehículos blindados y tanques, sale de inmediato rumbo al aeropuerto. Una vez allí se monta en el avión de negocios Gulfstream G650 que ya lo está esperando. Se quita la americana, le pide a la azafata que le traiga un café y saca del maletín de piel una serie de papeles que tiene la intención de hojear, al menos, durante el vuelo a Berlín.

Está tan concentrado en ellos que ni se da cuenta del momento en que el piloto enciende los motores, ni de cuando, tras una breve pausa, el aparato inicia su avance hacia la pista de despegue. El Gulfstream acelera entonces por ella, hasta que el piloto ajusta los elevadores y el morro del avión se levanta.

Cuando le traen el café, dedica unos instantes a mirar por la ventanilla oval. El sol le da en la cara y tiene que entrecerrar brevemente los ojos, lo que le impide distinguir que un objeto alargado se acerca al aparato a gran velocidad.

El objeto, un misil Stinger, impacta en uno de los motores, y en cuestión de segundos el Gulfstream pierde el control. Como movido por una mano invisible, su ascenso se detiene y, transcurrido un instante en que, a ojos de un observador, se diría que el avión ha quedado suspendido en el aire, se desploma como una piedra al suelo y se desintegra envuelto en llamas.

La noticia del accidente aéreo llega al canciller mientras se encuentra reunido con los directores de los servicios de inteligencia. Y aunque no se sabe quién hay detrás del atentado, todos los asistentes están convencidos de que el culpable solo puede ser uno: el Kremlin.

El canciller mantenía una relación estrecha con el director ejecutivo de la empresa de armamento. Se conocían desde hacía más de veinte años. Pero no tiene tiempo de llorar, de dejar aflorar

lo que siente por su «amigo», si es que existe amistad en la política. La llamada a su afligida familia deberá esperar, en el mejor de los casos, hasta la tarde. Porque ahora ha llegado el momento de abordar de qué manera hay que responder al ataque ruso.

Berlín

27 de marzo de 2028, 06.30 UTC

El canciller alemán se suma con un ligero retraso a la reunión virtual, y los presidentes de Estados Unidos y Francia, así como el secretario general de la OTAN, ya están conectados. No se sabe por qué, pero el primer ministro británico todavía no se ha unido al resto.

Aun así, el presidente de Estados Unidos da inicio al encuentro: no hay tiempo que perder.

«Caballeros, como ustedes ya saben, tropas rusas han tomado el control de la ciudad estonia de Narva y de la isla de Hiiumaa, frente a la costa de ese país, esta misma mañana. Nuestros servicios de inteligencia informan de movimientos de tropas en Rusia hacia los Estados bálticos. También estamos constatando un aumento de la actividad de la Armada rusa en San Petersburgo y en Kaliningrado. He solicitado esta reunión porque deseo abordar la respuesta a esos avances.»

Tras unos segundos de silencio, el presidente francés toma la palabra. «La situación es muy confusa. ¿Sabemos cuál es el objetivo de Rusia?»

«No, nuestros servicios de inteligencia no cuentan con información al respecto —responde el presidente estadounidense—, pero a primera vista no parece que los movimientos de tropas rusas

indiquen una oleada de ataques. En todo caso, no podemos descartar la posibilidad de que Rusia establezca un bloqueo naval frente a las costas de los países bálticos. ¿Quizá el secretario general pueda explicarnos qué consecuencias tendría eso?»

«Cómo no», interviene este, sumándose a la conversación. Se encuentra en su espacioso despacho de Bruselas, acompañado del presidente del Comité Militar de la OTAN. «Si Rusia impone un bloqueo naval a los países bálticos en las próximas veinticuatro horas, nuestras unidades de operaciones especiales de Nivel 1 tardarán, al menos, diez días en llegar a la región del Báltico.»

«Esas unidades están compuestas por 100.000 hombres y mujeres a los que la OTAN puede desplegar en el Báltico en diez días para crear la primera línea de defensa», le susurra el asesor de Seguridad Nacional estadounidense a su presidente.

«¿Te crees que no lo sé?», le suelta él.

«Esas unidades ya no podrían ser trasladadas por el mar Báltico —prosigue el secretario general de la OTAN—, y tendrían que pasar por el corredor de Suwałki, donde se verían expuestas a la amenaza constante de ataques rusos desde Kaliningrado, y también desde Bielorrusia.»

«El corredor de Suwałki es un estrecho paso terrestre entre Kaliningrado y Bielorrusia, y la única ruta para que nuestros soldados pasen directamente de Polonia a Lituania...» El asesor de Seguridad Nacional se interrumpe cuando el presidente de Estados Unidos le dedica una mirada asesina.

«Para nosotros, eso podría significar que...», empieza a explicar el secretario general, pero en ese preciso instante el primer ministro británico aparece en pantalla.

«Caballeros, mis más sinceras disculpas por el retraso —dice casi sin aliento—. Se ha producido una serie de explosiones en nuestra

base naval de Clyde, en Faslane. No ha habido muertos, pero algunas partes de la infraestructura han resultado gravemente dañadas. Como todos ustedes saben, allí se encuentra la base de nuestros submarinos nucleares. Por tanto, he considerado que mi deber nacional era responder primero a esos acontecimientos.»

«¿Alguna información sobre los autores que pueda compartir con nosotros?», pregunta el canciller alemán.

«No, ninguna —responde el primer ministro—. Pero nuestros servicios de inteligencia sospechan de un sabotaje.»

«Nos enfrentamos a una guerra híbrida —concluye el canciller—. Lleva un tiempo dirigiéndose contra nuestros países y sociedades, pero ahora se está volviendo cada vez más intensa. En Alemania, un importante director ejecutivo de la industria armamentística acaba de ser asesinado en un atentado. Tampoco sabemos nada aún de los autores, pero sin anticiparnos a la investigación, creo que es razonable asumir que Rusia, o un país amigo, está detrás.»

«Quizá ahora podríamos devolverle la palabra al secretario general», insta el presidente de Estados Unidos.

«Con mucho gusto —el secretario interviene de nuevo—. Así pues, si Rusia fuera a imponer un bloqueo naval, nos veríamos obligados a trasladar a nuestras tropas a través del corredor de Suwałki, lo que las expondría a riesgos considerables, o bien tendríamos que romper el bloqueo, lo que implicaría que estaríamos en guerra directa contra Rusia.»

«¿Cuál podría ser el objetivo de Rusia? —pregunta a los asistentes el presidente de Francia—. Seguro que no pretenden iniciar una guerra contra la OTAN... ¿Quizá su intención es proteger a los rusos de Estonia? Hay que tener en cuenta que Estonia lleva años sin respetar plenamente sus derechos...»

«No importa cuáles sean los objetivos de Rusia; ha atacado territorios de la OTAN —replica el canciller alemán—. No podemos permitir que ese acto de provocación quede sin respuesta. Creo que...»

«He pedido al ejército que trabaje en diferentes opciones de respuesta —interrumpe el presidente de Estados Unidos— que, después de consultarlo con ustedes, por supuesto —en este punto el presidente francés dedica una sonrisa—, comunicaremos claramente a los rusos.

»Los estonios van a exigir una consulta sobre la base del Artículo 5 del Tratado de la OTAN —prosigue—. Está claro que no podemos oponernos, pero deberíamos llegar a las conversaciones con una posición unificada en la medida de lo posible. Permítanme que sea claro: no voy a arriesgarme a que estalle la Tercera Guerra Mundial por una pequeña población de Estonia. A menos que tengamos evidencias concretas de que Obmanshchikov pretende apoderarse de más territorios, me opondré, y Estados Unidos se opondrá, a invocar el Artículo 5. Sugiero —añade el presidente de Estados Unidos— que nuestros ministros de Asuntos Exteriores y Defensa, además de los asesores de seguridad, se mantengan en contacto para seguir coordinando. Pero debemos actuar deprisa.»

Y así concluye la reunión. Una vez que todos los participantes han abandonado la sala virtual, el canciller alemán se vuelve hacia su asesor de Seguridad Nacional y le dice: «Si la OTAN no responde, Rusia habrá ganado. Espero que todos sean conscientes de ello».

Moscú

27 de marzo de 2028, 07.00 UTC

Hay seriedad en el ambiente, pero no tensión, cuando el presidente Obmanshchikov celebra un encuentro matutino con sus asesores más próximos en el Kremlin. Todos los asistentes saben que han conseguido generar sorpresa, pero que es imposible predecir las consecuencias que su golpe de efecto tendrá en los próximos días.

Obmanshchikov toma la palabra y empieza elogiando a los presentes. «Caballeros, aprovecho la oportunidad para elogiarlos sinceramente. Su plan... —Se vuelve hacia su jefe de gabinete—. Bien, al principio era un poco escéptico, pero ahora debo admitir que ha funcionado.»

Los convocados aplauden.

«No solo los hemos pillado por sorpresa, también hemos generado una confusión considerable. Todos están desconcertados, pero nadie sabe qué tramamos. Y eso dificulta la respuesta de las fuerzas imperialistas. Ahora vamos a tener que sopesar con mucho cuidado nuestros siguientes pasos. Nos enfrentamos a un delicado equilibrio entre nuestra pretensión de remodelar la arquitectura de la seguridad europea y la necesidad de evitar una confrontación abierta y total con Estados Unidos y sus vasallos de la OTAN.»

Todos asienten.

«Por ello —prosigue el presidente—, ayer hablé con el presidente Xi y le agradecí su valiosa asistencia a la hora de desviar parte de las Fuerzas Armadas estadounidenses a Asia. Le aseguré que no nos hará falta contar más con su ayuda. Él convino conmigo en que la amistad ruso-china es indestructible y que estamos acercándonos cada vez más a nuestro objetivo común de contar con un sistema pacífico que sea justo para todas las naciones.»

Obmanshchikov se interrumpe, mira a su alrededor, y transcurridos unos segundos pregunta en voz baja pero decidida: «¿Cómo debemos proceder? ¿Qué opciones tenemos?».

El director del GRU es el primero en romper el silencio. «Los principios que guíen nuestras acciones futuras deberían ser control y escalada. —Al darse cuenta de que no todos los presentes entienden sus palabras, añade—: Todos coincidimos en que no podemos permitirnos un conflicto a gran escala con la OTAN en este momento. Nuestras Fuerzas Armadas todavía no están preparadas, después de nuestra gloriosa operación militar especial en Ucrania. Pero es evidente que esa no es una información que debamos compartir con el enemigo. El enemigo debe creer todo lo contrario. Así que lo que yo propongo es lo siguiente: a fin de evitar un gran conflicto, debemos hacer saber al enemigo que nuestras metas son limitadas. Que no tenemos la intención de desafiar a la OTAN como tal. Sin embargo, para impedir que en el bando enemigo identifiquen nuestra debilidad y que, por tanto, planten cara, también nos hace falta una estrategia que los coloque bajo presión, que los lleve a creer que, si desean esta confrontación, nosotros no vamos a arredrarnos. A eso me refiero cuando hablo de control y escalada o, para ser más precisos, de iniciar una escalada en aras del control.»

«Todo eso está muy bien, pero si mantienes la escalada, puedes perder el control de manera muy rápida —opina el director del FSB,

visiblemente molesto por no haber sido él el primero en plantear una propuesta—. Las dos ideas son básicamente contradictorias entre sí.»

«En realidad no —replica, algo perplejo, el máximo responsable del GRU—. Se trata de una cuestión psicológica. Sencillamente, si comunicamos que nuestras metas son limitadas, Occidente detectará nuestra debilidad. ¿Y si deciden contraatacar? La OTAN cuenta con tropas en Estonia. ¿Y si expulsan a nuestros soldados? Occidente querrá echarse atrás si percibe que un contraataque conllevaría el riesgo de desencadenar la Tercera Guerra Mundial, y ver que nuestras metas son limitadas les ofrece una salida más allá de la represalia sin quedar mal. Lo que hay en juego en la actualidad es demasiado poco importante como para arriesgarse a una guerra mundial.

»Para que no quede la menor duda sobre nuestra determinación, y para demostrar que estamos preparados para la confrontación, y que no la tememos, debemos generar aún más confusión. En este momento China está distrayendo a Estados Unidos en Asia, y nuestros hombres de África han conseguido mantener ocupadas a las fuerzas navales europeas en el Mediterráneo. ¿Dónde se encuentra el siguiente punto débil de la OTAN? ¿Dónde esperarían menos una acción limitada? ¿Dónde no hace falta que entremos en combate con fuerzas de la OTAN, sin que ello implique mostrar al mundo que no tenemos intención de hacerlo?»

«Vuestro plan depende por entero de que Occidente crea que somos esquizofrénicos —insiste el director del FSB—. De que nos crean cuando decimos que no deseamos una confrontación a gran escala, aun cuando nuestras acciones vayan a causarla. Se trata de un peligroso juego de equilibrios. Si sale mal, o bien tendremos que retirarnos, como ese pelele de Jrushchov en 1962 durante la crisis

de los misiles en Cuba, o deberemos librar una batalla que no podemos ganar. Así pues, ¿cuál es vuestra estrategia de comunicación? ¿La misma que la de Hitler? ¿Una combinación de agresión y retórica pública sobre la paz? ¿No resulta algo simplista?»

«En absoluto —rebate el director del GRU—. Debemos tener presente que: Occidente cree que ellos son racionales y que nosotros somos irracionales y estamos emocionalmente atrasados. Unos fósiles imperiales capaces de cualquier cosa. Y eso juega a nuestro favor. Se tomarán nuestra esquizofrenia al pie de la letra, porque encaja con la imagen que tienen de nosotros. Pero usted tiene razón, confiar en la comunicación pública sería arriesgado. Antes debemos recurrir a nuestros canales no oficiales, confidenciales, para transmitir a los líderes de los Gobiernos occidentales que si bien no deseamos el conflicto, tampoco lo tememos. Ya verá que habrá un montón de políticos occidentales de alto rango que nos harán el trabajo y pondrán de nuestro lado a la opinión pública. Es algo que, de hecho, ya funcionó bien durante nuestra operación militar especial. Y si no lo hacemos todo público, eso también tiene la ventaja de que no exponemos al presidente de Estados Unidos. Al contrario: le damos la oportunidad de vender como idea suya una posible reacción a nuestro favor.»

«Como sabemos —interviene el jefe de gabinete del presidente—, él no quiere aparecer como alguien que va perdido, aunque sea obvio que lo está.»

Por primera vez, algo parecido a la alegría recorre la sala: todos se ríen entre dientes.

Cuando se hace el silencio, el presidente Obmanshchikov se vuelve hacia el jefe del Estado Mayor. «Entonces, dígame, ¿en qué zona tiene la OTAN otro "punto débil", como dijo Churchill? ¿Dónde

podemos atacar sin gran esfuerzo y sin que ninguno de los dos bandos sufra bajas?»

El jefe del Estado Mayor necesita unos instantes para pensar. Por supuesto, su equipo y él ya se han preparado para esa pregunta tan precisa. Después de todo, la estrategia es la esencia del ejército. Se han barajado diversas opciones. La idea de una incursión limitada en el norte de Finlandia, recurriendo a las fuerzas del Distrito Militar de Leningrado, reconstituido en 2024, ha sido rechazada de plano. Aunque sería bastante fácil de lograr, ocupar el corazón de un segundo miembro de la OTAN resultaría políticamente muy arriesgado.

En cambio, actuar sobre islas deshabitadas o con muy poca población es muy distinto. Y no son pocas.

Spitsbergen, por ejemplo, en Noruega, donde hasta el año 2000 se mantuvieron dos colonias rusas. O la isla Hans, por la que Dinamarca y Canadá se pelearon durante décadas hasta que, finalmente, quedó dividida entre los dos países. Cuenta con apenas 1,3 kilómetros cuadrados de superficie, no está habitada y, que se sepa, carece de recursos naturales. Y, sin embargo, «apoderarse» de esa isla árida en el estrecho de Nares, entre la canadiense isla de Ellesmere y Groenlandia, constituiría una demostración impresionante de las capacidades de la Armada rusa, y serviría para proyectar su poder. Es más, sin duda la OTAN no esperaría un ataque a una isla situada entre Canadá y Groenlandia.

Finalmente, el jefe del Estado Mayor toma la palabra.

«Podríamos llevar un submarino hasta alguna isla deshabitada y dejar allí un comando de los Spetsnaz, para que icen la bandera rusa y desaparezcan. La isla Hans es una posibilidad. Podría ser la medida más eficaz para demostrar nuestra determinación sin provocar directamente una respuesta del enemigo.»

Los asistentes muestran su acuerdo asintiendo.

«¿Y qué hay de nuestra arma antisatélites en el espacio? —pregunta el jefe de gabinete del presidente—. ¿Podríamos usarla?»

«Podríamos —responde el jefe del Estado Mayor—, pero entonces cortaríamos las comunicaciones de todos los países que tienen satélites en el espacio, incluido el nuestro. Para eso ya podríamos atacar directamente a Estados Unidos con armas nucleares —añade irónicamente—. Eso es algo que podemos guardarnos, más bien, como amenaza, para demostrar que vamos en serio.»

«A mí me gustaría añadir algo sobre este punto», interviene Palachov, el confidente de Putin, que hasta ese momento ha aportado poco a la conversación, a pesar de que su prestigio ha aumentado considerablemente gracias a la exitosa operación que han llevado a cabo sus mercenarios en Mali. «Occidente, las élites y su población tienen miedo de las armas nucleares... un miedo irracional. Es algo que se constató durante nuestra operación militar especial contra los fascistas ucranianos. Cada vez que el presidente Putin o alguno de sus asesores más próximos amenazaban con usar armas nucleares, la Europa occidental se mostraba horrorizada, y nuestros amigos de varios países que advertían contra la escalada ganaban relevancia en el discurso público. Por eso políticos como Scholz y Biden paralizaron sus políticas de apoyo a nuestro enemigo. Si nuestras amenazas surtieron tanto efecto fue porque ellos se tomaron en serio nuestra disposición a usar armas nucleares.»

El presidente Obmanshchikov, que ha seguido en silencio la conversación de sus asesores sin dejar de tomar notas, intenta llegar a una conclusión: «Coincido con ustedes, caballeros. Debemos mostrar que vamos en serio sin llegar demasiado lejos. La idea de ocupar alguna isla deshabitada tiene su atractivo. Al mismo tiempo, solicitaré a nuestro embajador en las Naciones Unidas que se ponga

en contacto con el asesor de Seguridad Nacional del presidente estadounidense para que le transmita nuestra determinación, así como también nuestros objetivos limitados. Y a partir de ahí procederemos».

Cuartel general de la OTAN, Bruselas

27 de marzo de 2028, 12.00 UTC

En el cuartel general de la OTAN —un edificio luminoso de cristal con un diseño que recuerda a unos dedos entrelazados que generan el efecto de un todo unificado—, los 32 representantes permanentes de los Estados miembros de la OTAN asisten a una reunión de emergencia convocada por el secretario general. Esta tiene lugar en la Sala 1, ubicada a la izquierda del aireado vestíbulo principal. Los miembros del Comité Militar de la OTAN y los dos comandantes estratégicos de la Organización, además del comandante supremo aliado en Europa y del mando supremo aliado de Transformación, con sede en Norfolk, Estados Unidos, también han sido invitados a asistir. El único punto del orden del día es la agresión rusa contra Estonia.

El secretario general da inicio al encuentro, y lo hace exponiendo los hechos. Termina trasladando la petición del primer ministro estonio, ya conocida por los presentes, de convocar una reunión formal del Consejo del Atlántico Norte, con los jefes de Estado y de Gobierno, con la intención de invocar el Artículo 5 del Tratado del Atlántico Norte.

«Les he pedido que asistan hoy —explica el secretario general— para que nos hagamos una idea general de las posiciones de sus Gobiernos. Soy muy consciente de que no todos, o quizá ninguno, de los Estados miembros de nuestra Alianza tendrá una opinión definitiva sobre la petición de Estonia. En cualquier caso, no deberíamos desaprovechar esta oportunidad de intercambiar planteamientos. También he invitado a esta reunión a los representantes del Comité Militar, incluidos los comandantes de los dos mandos estratégicos de la OTAN, para que nos proporcionen consejo militar en caso de necesidad.»

El secretario general mira a su alrededor, expectante, fijándose en los embajadores.

La representante polaca es la primera en intervenir. «Damas y caballeros, en nombre de mi Gobierno, les transmito que Polonia es del parecer de que a esta agresión rusa contra un Estado miembro de la OTAN hay que responder con determinación. No podemos y no debemos aceptar una violación de la integridad territorial de la Alianza, por más que se trate de una porción de tierra muy menor. Conocemos bien el imperialismo ruso y sabemos cuáles son sus metas. No van a detenerse en esta provocación. Si no defendemos ahora con determinación cada uno de los metros cuadrados de nuestro territorio aliado, por citar al excanciller alemán Olaf Scholz —en ese punto esboza una sonrisa ligeramente irónica—, será el fin de la Alianza Atlántica. Si no podemos confiar en el Artículo 5 ante una emergencia, ¿qué sentido tiene el Tratado?»

El embajador italiano es el siguiente en dirigirse al grupo. «No maten al mensajero —dice—, pero todavía no disponemos de suficiente información para aportar una valoración definitiva de la situación. Sí, están los atentados de Alemania y el Reino Unido, y la agresión limitada contra Estonia. Pero lo que también es cierto —en

ese momento fija la mirada directamente en el embajador estonio— es que el Gobierno de Estonia no se ha mostrado especialmente prudente en el pasado en relación con la protección de los derechos de la minoría rusa que vive en su territorio.»

«Señor presidente —interviene el representante estonio—. Quisiera rebatir categóricamente esa afirmación. La minoría rusófona de nuestro país tiene los mismos derechos, pero también los mismos deberes, que cualquier ciudadano estonio. Lo que actualmente estamos experimentando es un acto de agresión contra nuestro país, así como una violación de nuestra integridad territorial, ante la que solo puede haber una respuesta.»

En todo caso, el representante italiano no está solo en su llamada a la cautela. Los miembros de la Alianza pertenecientes al sur de Europa expresan su solidaridad con Estonia, pero al mismo tiempo instan a la prudencia en cualquier respuesta. Sus intervenciones van en el sentido de que hace falta contar con más información sobre las intenciones y los movimientos de Rusia antes de poder presentar una evaluación real de la situación.

La actitud de los países situados en el centro y el este de Europa, así como la del Reino Unido y los otros dos Estados bálticos, difiere bastante. Sus representantes hacen hincapié en dos aspectos ya mencionados por la embajadora polaca. Defienden que se está poniendo a prueba a la OTAN, y que eso no puede quedar sin respuesta, pues de otro modo la Alianza perdería su función esencial. Con toda probabilidad se trata solo de un primer paso, y cabe anticipar más agresiones militares por parte de Rusia.

Cuando ya han hablado casi todos, toma la palabra la representante de Hungría. Ella también enfatiza que su Gobierno no ha llegado aún a una evaluación final, pero que por lo que a ellos respecta, «un conflicto militar entre la OTAN y Rusia debe evitarse a

toda costa». Y prosigue: «Aquí estamos hablando de una potencial Tercera Guerra Mundial que no puede ganar ninguno de los dos bandos. Sería una locura —son sus palabras exactas— que la desencadenáramos por actuar de manera imprudente. Según mi Gobierno, sería mejor que los presidentes de Rusia y Estados Unidos se sentaran finalmente y abordaran las cuestiones a una escala más general. Confío —añade, dando por finalizada su breve declaración— en que ese planteamiento contribuiría más a la seguridad de Estonia y Europa que una provocación militar innecesaria por nuestra parte, que podría terminar arrasando a toda la humanidad».

Mientras la embajadora habla, los representantes eslovaco y francés en el Consejo son vistos asintiendo en varias ocasiones.

La representante alemana, que solo lleva seis meses en el cargo, es la última en intervenir. Cuando el secretario general le cede la palabra, manifiesta: «Para mi Gobierno, una de las cuestiones clave, más allá de la evaluación de las intenciones de Rusia, es cuáles son nuestras opciones militares. Saber con qué rapidez podemos llegar a territorio estonio, y si existen opciones militares que podamos desplegar sin desencadenar de inmediato un gran conflicto con Rusia. Quizá los dos comandantes estratégicos podrían respondernos a esa pregunta».

El secretario general se muestra de acuerdo y se vuelve hacia los dos generales presentes. «Caballeros, por favor...»

«Con gusto —interviene el comandante supremo aliado en Europa, que también es el máximo dirigente del mando de las fuerzas estadounidenses—. Más allá de cualquier análisis político de las intenciones de Rusia, la situación es la siguiente: al apoderarse de Hiiumaa, Rusia podría establecer muy rápidamente un bloqueo naval en torno a los Estados bálticos. Ello dejaría aisladas a las fuerzas que tenemos sobre el terreno. Para romper ese bloqueo,

deberíamos desplegar nuestras unidades marítimas, algunas de las cuales llevan cierto tiempo estacionadas en el Mediterráneo, pues forman parte de la misión, encabezada por la Unión Europea, para impedir la inmigración irregular. Pero incluso entonces, tendríamos que estar dispuestos a arriesgarnos a un conflicto militar con Rusia, que probablemente apoyaría a sus fuerzas navales desde el aire e intentaría una escalada de la situación en alguna otra zona. Ahora mismo solo puedo especular sobre la apariencia que adoptaría esa escalada. Pero es bastante probable que implicara el lanzamiento de misiles balísticos sobre territorio europeo. No estamos en disposición de saber si estos tendrían cabezas nucleares o convencionales. En todo caso, es un hecho que todavía no contamos con suficiente capacidad aérea para garantizar una defensa de largo alcance del territorio aliado contra un ataque de esas características. Sería razonable asumir que, si Rusia reaccionara de ese modo, los daños serían importantes.

»Podríamos, claro está, anticiparnos a esos acontecimientos desplegando desde el inicio armas que fueran capaces de adentrarse mucho en territorio ruso, destruyendo lanzamisiles, aeródromos y centros de mando. Para ello, recurriríamos a la guerra electrónica a fin de desactivar sistemas rusos de defensa aérea y sistemas de radar de alerta temprana. El resultado sería que Rusia vería venir los misiles, pero en el caso de las armas hipersónicas de largo alcance, como el Dark Eagle, serían incapaces de determinar si vendrían cargados de cabezas convencionales o nucleares hasta que estas alcanzaran sus objetivos. Ello podría desencadenar una respuesta nuclear, aun cuando informáramos por adelantado a nuestros equivalentes de Moscú, a través de nuestros canales, de que esos misiles solo están equipados con cabezas convencionales.»

Estos comentarios son recibidos en silencio por todos los asistentes, un silencio tan denso que podría oírse el vuelo de una mosca. Todos eran conscientes desde el inicio de la reunión de la difícil decisión a la que se enfrentaban. Pero ahora ya no es posible seguir ignorando la magnitud de la situación. Lo que se debate ahí ese día no solo afecta a Rusia y a los miembros de la OTAN, sino a todo el planeta.

La Casa Blanca, Washington D. C.

27 de marzo de 2028, 12.15 UTC

Mientras los representantes de la OTAN están reunidos en Bruselas, a 6.000 kilómetros de allí, un alto diplomático ruso de cincuenta y cuatro años accede al ala oeste de la Casa Blanca. Acude al encuentro del asesor de Seguridad Nacional del presidente de Estados Unidos. Su misión, que le ha sido encomendada directamente por el jefe de la administración presidencial rusa, es transmitir el mensaje de que su país no desea la guerra con la OTAN, pero está en condiciones de librarla, y de que Rusia no tiene más ambición que la de controlar la ciudad de Narva y convertirla en parte de su territorio.

El asesor de Seguridad Nacional aguarda en su despacho al representante ruso, un hombre delgado pero fuerte. Él también sabe que el resultado de su conversación podría determinar la respuesta del presidente a la agresión rusa.

«Bienvenido. Encantadísimo de verlo —le dice, saludando al diplomático ruso casi con excesiva calidez, y señala en dirección al sofá de dos plazas instalado en el centro de la sala—. Tome asiento, por favor. —Él, por su parte, se acomoda en una butaca situada enfrente—. ¿Qué puedo ofrecerle? ¿Café? ¿Té? ¿Alguna otra cosa?»

«Quizá un té —responde el diplomático, que se apresura a añadir —: con una gota de leche.»

Cuando se lo sirven, el asesor de Seguridad Nacional inicia la parte oficial de la conversación. «¿Qué le trae por aquí?»

«Nada menos que la supervivencia de la civilización humana», declara el diplomático en tono algo melodramático.

El asesor de Seguridad Nacional respira hondo, impaciente. Sabe que esa conversación pretende transmitir un mensaje importante al presidente de Estados Unidos, pero, de todos modos, la impostada jugada de apertura de su interlocutor le causa irritación.

«¿Y cómo puede garantizarse?», le pregunta, con fingida ingenuidad.

«Mire —interviene el diplomático, que percibe que sus primeras palabras han sido algo exageradas y adopta un tono más austero—. Mi país tiene una historia, una gran historia, y en los últimos treinta y cinco años hemos tenido que soportar vernos privados del corazón de nuestro territorio. Hemos tenido que soportar humillaciones, y nuestros compatriotas, fuera de Rusia, se ven sometidos a una represión cada vez mayor.»

Tras una breve pausa, durante la que da un sorbo al té, prosigue. «Esos tiempos han terminado. Si otros no lo hacen, nosotros vamos a proteger a nuestro pueblo. Y lo protegeremos cueste lo que cueste.»

«¿Cueste lo que cueste, embajador?», lo desafía el asesor de Seguridad Nacional.

«Sí, me ha entendido bien. Cueste lo que cueste.»

Lo que sigue es una larga pausa, llena de significado. El diplomático mira fijamente a los ojos al asesor de Seguridad Nacional.

«No le quepa duda, tenemos no solo la voluntad, sino también los medios para hacerlo. Y en mi país algunos se preguntan por qué ustedes, la gran nación estadounidense, se niegan a entenderlo. ¿Por qué siguen dudando de la determinación de mi país?»

«Nadie duda de la determinación de su país, pero ¿acaso no nos regimos por las mismas normas, por los mismos derechos y por las mismas obligaciones?», pregunta el estadounidense, en un intento de llevar la conversación en una dirección más pragmática.

El ruso se echa hacia atrás en el sofá y cruza las piernas. Está claro que esperaba esa pregunta.

«Ustedes..., no usted personalmente, sino su país, han alcanzado su gran talla saltándose constantemente las reglas e incumpliendo sus obligaciones —responde—. Según la perspectiva norteamericana, las reglas parecen vincular solo a los demás, y solo los demás tienen obligaciones. Esa era ha terminado, y no vamos a volver a ella. Actualmente no son Estados Unidos ni sus vasallos europeos los que dictan a todos los demás lo que tenemos que hacer y dejar de hacer.»

El asesor de Seguridad Nacional sabe que debe avanzar en la conversación. Pero ¿cómo?

«Vayamos a lo concreto —tantea—. Nos encontramos ante un desafío muy serio que en este momento afecta a nuestros dos países. Rusia ha violado la integridad territorial de uno de nuestros aliados, y nos enfrentamos a la cuestión de cómo responder.»

«Nosotros no hemos violado la integridad territorial de nadie: nos limitamos a proteger a nuestros compatriotas que viven en el extranjero de la persecución y la opresión. Nada más. —El emisario moscovita se expresa en un tono anormalmente estridente para un diplomático—. Y, como usted sabe —prosigue—, la independencia de los Estados bálticos es un constructo artificial. Históricamente

pertenecen a Rusia. Pero no cuestionamos el derecho de esos Estados a existir; simplemente, nos ocupa la protección de nuestro pueblo.»

«Entonces, podríamos resolver el problema solicitando a nuestros socios de Estonia que cumplan con sus exigencias por lo que respecta a la minoría rusa», sugiere el asesor de Seguridad Nacional, guiando la conversación hacia una posible solución.

«Me temo que ya es demasiado tarde para eso. Con la mejor de las intenciones, llevamos bastante tiempo llamando la atención sobre las dificultades a las que se enfrentan nuestros compatriotas, y no ha habido cambios. No confiamos en que el Gobierno estonio proteja los derechos de los rusos. Por eso nos hemos sentido obligados a poner el asunto en nuestras manos.»

El estadounidense entiende que ha llegado el momento de hablar de manera franca con el embajador. Está claro que no existe la posibilidad de abordar una solución diplomática en ese momento.

«Pero usted es consciente de que no podemos dejar esta provocación sin respuesta. No solo está en juego nuestra credibilidad, sino que no puede descartarse que su ejemplo vaya a ser seguido... y si eso ocurre, ¿en qué clase de mundo estaríamos viviendo?»

«Sin duda —replica el diplomático, esbozando una sonrisa falsa—. Somos conscientes, por supuesto, del poder militar de Estados Unidos, que ha obtenido éxitos tan clamorosos en Irak, Afganistán y también en Ucrania a lo largo de la última década. Pero no le quepa duda de que mi país está en disposición de hacer todo lo que esté en su mano para proteger a nuestros ciudadanos rusos en Estonia. Y usted sin duda será consciente de que contamos con capacidad suficiente por tierra, mar y aire, así como en el espacio y en el ciberespacio. Es más, me pregunto, y espero que me permita la

sinceridad, si los estadounidenses estarían preparados para aceptar unos daños incalculables en su propio territorio a cambio de conseguir la liberación de lo que es, desde la perspectiva americana, un pequeño pueblo de la Europa del este.»

Ahí está, sobre la mesa: la amenaza de las armas nucleares. Aparentemente, Rusia está realmente preparada para arriesgarlo todo a fin de conseguir sus metas. O es un farol. Pero la OTAN solo descubrirá si es un farol poniendo a prueba la amenaza rusa. Y, si no lo es, entonces esa prueba podría conducir a la mayor catástrofe imaginable.

«Creo que le entiendo muy bien —interviene el estadounidense, que enuncia despacio, enfatizando sus palabras—. Aunque sin hablar en nombre de mi presidente, me gustaría pedirle que transmitiera al suyo que Estados Unidos no tiene interés en una confrontación de esa magnitud, pero que, a la vez, no podemos aceptar sin más esa violación flagrante de la ley internacional. Debe entender que tendremos que consultar internamente y con nuestros aliados cuál habrá de ser la respuesta adecuada.»

«Por supuesto, lo entiendo perfectamente —replica el diplomático —. Y creo que hablo en nombre de mi Gobierno si le expreso la esperanza de que la respuesta que encuentren sea en interés de una coexistencia pacífica de nuestros dos pueblos.»

Dicho esto, el diplomático se levanta, se acerca al asesor de Seguridad Nacional con la mano extendida y, tras el apretón de rigor, abandona el despacho con paso firme y decidido.

En cuanto se ausenta, el asesor de Seguridad Nacional llama a sus colegas de mayor confianza y les ordena transmitir el mensaje de Rusia a los Estados clave de la OTAN a través de diversos canales: en el peor escenario, los rusos están dispuestos a hacer cualquier cosa.

80° 49′ 35,2″ N,
66° 27′ 12,5″ O

28 de marzo de 2028, 10.27 UTC

«Preparados para el ascenso a superficie.» El capitán da la orden y la tripulación la repite para asegurarse de que se oiga en todo el submarino. Una vez que el primer oficial y el ingeniero han comprobado los sistemas, informan de que la nave está lista. Entonces, el cilindro metálico de 170 metros de eslora asciende lentamente para asegurar que la tripulación, compuesta por casi 110 personas, llegue en buenas condiciones a la superficie. Entretanto, se activan los periscopios y los radares en busca de posibles obstáculos sobre las aguas, en forma de embarcaciones y otros riesgos. No se trata solo de evitar una colisión, sino también de comprobar si el submarino de clase Borey ha sido detectado, y si ya hay embarcaciones enemigas esperando en la superficie. Pero no hay nada. El capitán ha conseguido mantenerse indetectable al sónar durante todo el trayecto hasta la isla Hans, destino de la operación.

Aunque su aproximación haya pasado desapercibida, ahora todo debe ocurrir con celeridad. A medida que la nave se acerca a la superficie, el sistema estadounidense de alerta temprana ubicado en Groenlandia hace sonar las alarmas y se activan las respuestas. Y no

hay para menos: no ocurre todos los días que un submarino armado con hasta dieciséis misiles balísticos intercontinentales Bulava aparezca frente a las costas de un Estado miembro de la OTAN. El hecho de que cada uno de ellos tenga un alcance de más de 8.000 kilómetros y pueda transportar entre seis y diez cabezas nucleares con una carga explosiva de 100 a 150 kilotones hace saltar todas las alarmas. Pero ese es precisamente el objetivo de la operación.

Ya cerca de la superficie, tres integrantes de las fuerzas especiales GR, los Spetsnaz, acceden a la cámara de descompresión, que se llena de agua tras quedar sellada una vez que ya se encuentran en su interior. Una vez igualada la presión, la escotilla exterior se abre, y los tres hombres rana abandonan el submarino. No les hace falta nadar mucho: una vez que llegan a la isla Hans, dos de ellos inspeccionan el terreno y montan guardia, mientras que el tercero deposita una botella de Stolichnaya y una lata de caviar casi en el centro de ese «peñón» de 1,3 kilómetros cuadrados e iza la bandera rusa. Se esfuman tan rápidamente como han llegado. Y antes de que alguna fuerza de la OTAN se ponga siquiera en marcha para responder, la nave vuelve a sumergirse en el abismo del estrecho de Nares, en dirección a su país, alcanzando una profundidad de 400 metros en el océano Ártico.

Rusia ha logrado su golpe de efecto. El vodka y la lata de caviar son una alusión jocosa a la prolongada disputa entre Canadá y Dinamarca por la posesión de ese islote, en que las dos partes lo ocupaban por turnos, llegaban a él, plantaban su bandera y dejaban una botella de su licor nacional. De ahí que el conflicto se conociera como la «guerra del Whisky».

Pero resulta bastante más significativo que un submarino nuclear ruso haya conseguido avanzar por el océano Ártico y llegar a la isla

Hans sin ser detectado, lo que constituye todo un aviso de que ya pueden aparecer en cualquier parte, en cualquier momento.

Cuartel general de la OTAN, Bruselas

28 de marzo de 2028, 14.00 UTC

Es normal que haya una importante presencia de los medios de comunicación internacionales cuando los jefes de Estado y de Gobierno de los países miembros de la OTAN asisten a sus cumbres anuales. En el fondo, se trata de las consultas de la alianza militar más poderosa del mundo. Pero ese martes, en el cuartel general de Bruselas, la presencia de esos medios plantea un reto logístico incluso para unos agentes de prensa más que experimentados. Se han extendido acreditaciones a países de todo el mundo, y las peticiones de entrevistas, ya sea a altos mandos de la OTAN, ya sea a jefes de Estado y de Gobierno, son tantas que resulta casi imposible gestionarlas.

El ambiente es tenso. En última instancia, de lo que se trata es de dirimir si, por segunda vez en la historia, la Alianza invocará el Artículo 5. Pero, a diferencia de lo que sucedió el 11-S, apelar a la cláusula de defensa colectiva en esta ocasión no supondría simplemente la activación de aviones del sistema de alerta y control aerotransportado para monitorizar algún espacio aéreo determinado, sino que la Alianza y sus miembros entrarían en guerra, concretamente en una guerra contra una potencia nuclear, escenario

para el que la OTAN lleva preparándose desde su creación, y que, a la vez, siempre ha tratado de evitar.

Al contrario de lo que ocurre en la mayoría de las ocasiones, el resultado de esta cumbre aún no está claro. Las consultas entre los «sherpas» y los asesores de Seguridad Nacional no han desembocado aún en ningún consenso. Aunque hay acuerdo sobre la necesidad de condenar la agresión rusa, no lo hay sobre cuáles deberían ser las consecuencias. Nadie sabe qué saldrá de las conversaciones de ese día en la Sala 1 del cuartel general de la OTAN.

Una vez que los jefes de Estado y de Gobierno, flanqueados por sus guardaespaldas, entran en la sala de reuniones y se cierran las puertas, llega la hora de ponerse a trabajar. En la sala no cabe nadie más. Asisten tantos asesores que muchos de ellos no pueden ni siquiera sentarse en la segunda fila.

El secretario general levanta la campanilla que tiene delante y la hace sonar, instando a los presentes a tomar asiento. Cuando se hace el silencio, toma la palabra.

«Damas y caballeros, les doy la bienvenida a esta reunión especial al máximo nivel del Consejo del Atlántico Norte. Asistimos a un encuentro histórico. A petición de Estonia, debemos abordar y decidir si el Consejo ha de declarar el estado de defensa a la vista de la agresión de Rusia contra uno de nuestros miembros.»

El secretario general observa a los 32 jefes de Estado y de Gobierno sentados a la larga mesa oval según el orden alfabético de sus respectivos países.

«He mantenido numerosas conversaciones con todos ustedes, en un intento de llegar a un consenso. Lo he conseguido en cuanto a la condena a la agresión de Rusia. Hemos sabido expresarla de manera clara y contundente en nuestro comunicado final. Sin embargo, se

mantienen las diferencias de perspectiva por lo que respecta a una respuesta adecuada a la agresión. Y eso es lo que debemos abordar hoy. El mundo nos observa para ver cómo respondemos, y nuestro debate debe desembocar en una posición unificada que podamos presentar a la opinión pública. También desearía añadir que la unidad de nuestra Alianza debe ser la principal prioridad en nuestras deliberaciones. Con ello en mente, abro el turno de palabra.»

El presidente de Estados Unidos es el primero en hacer uso de ella. «Aquí a lo que nos enfrentamos es a un acto de agresión limitado por parte de Rusia, que condenamos. Pero también valoramos el contexto en que se produce. Durante años, Estonia no ha respetado ni asegurado los derechos de su minoría rusófona. Eso no es excusa para el comportamiento de Rusia, pero se trata de un contexto histórico que no puede pasarse por alto. Desde que llegué al cargo he solicitado a Europa que gastara más en su defensa. Más. Mucho más. No dejo de decir: "Europa tiene que pagarnos las facturas a nosotros, los estadounidenses". ¿Y qué ha cambiado? Nada. La Europa rica sigue negándose a pagar y sigue confiando en nuestra fuerza y en nuestra presencia en Europa. Pero ¿por qué tenemos que ser siempre nosotros los que paguemos el pato por Europa?

»La guerra no es la respuesta. Y, según lo veo yo, esta es una acción limitada de Rusia. Limitada a Narva. Estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo con Rusia para que se retire de Hiiumaa. ¿Qué están haciendo allí? Intentan intimidarnos y amenazarnos, lo mismo que con su desagradable operación en la isla Hans. Pero, resumiendo, y ese es el mensaje que he recibido de los rusos, esto tiene que ver con la protección de sus minorías étnicas. Y esa es una cuestión bilateral entre Estonia y Rusia. Podemos ayudar. Y yo estoy dispuesto a ayudar. Podemos hacer

mucho por ayudar. Pero no estoy dispuesto a llevar a mi país a la guerra. No estoy dispuesto a arriesgarme a una Tercera Guerra Mundial por Narva. Esa es mi posición. Es la posición de Estados Unidos. Si vosotros, europeos, queréis hacer algo militarmente, es cosa vuestra. Pero nosotros no lo consentiremos ni lo apoyaremos en modo alguno.»

Esa vehemente diatriba cae como una bomba en la sala. El presidente de Estados Unidos no solo está vetando la invocación del Artículo 5, sino que acaba de frustrar cualquier esperanza de concesión que permitiera una respuesta al ataque ruso liderada exclusivamente por Europa en invocación del Artículo 5. Sin Estados Unidos, que sigue aportando más del 65 por ciento de la capacidad militar de la OTAN, y sin contar con las capacidades de reconocimiento y transporte estadounidenses, Europa se queda coja.

«Presidente... —Ha tomado la palabra el canciller alemán, que es el segundo en hablar—. Entiendo su frustración por la falta de compromiso de Europa. Aun así, le pediría que considerase que esto es mucho más que un mero conflicto bilateral entre Estonia y Rusia. En mi opinión, y creo que hablo en nombre de muchos, quizá de la mayoría de los presentes, esto tiene que ver con el futuro de la arquitectura de la seguridad europea, si no de la transatlántica: una arquitectura que, hasta hace poco tiempo, garantizaba la paz, la libertad y la prosperidad económica de todos nosotros. Me atrevería a decir, con toda franqueza, que la prosperidad económica de Estados Unidos depende de su acceso a los mercados europeos. En cualquier caso, ese acceso no se verá garantizado a largo plazo si nos rendimos al imperialismo ruso. ¿Y cómo vamos a mirar a los ojos al mundo? En China, Irán y Corea del Norte le verán como débil, como alguien al que le falta determinación para defender la libertad

de Occidente, la libertad del mundo. A largo plazo, esa actitud va a causarle un daño considerable a su país.»

No es habitual que, en la Sala 1, un discurso sea recibido con golpecitos de aprobación sobre la mesa oval, con aplausos o murmullos de coincidencia. Pero esta es una de esas ocasiones. El canciller alemán no solo ha expresado con precisión los sentimientos que comparten algunos de sus homólogos, sino que espera haber dado con el tono adecuado que lleve al presidente de Estados Unidos a reconsiderar su posición.

Aun así, esa no es la única reacción que suscita la intervención del canciller alemán. En los comentarios que siguen a su vehemente discurso, se manifiesta que son varios los Estados que se inclinan hacia la posición estadounidense. Además de Hungría, Eslovenia y algunos Estados del sur de Europa, Francia —el socio europeo más estrecho del país germano, actualmente gobernado por la extrema derecha— también le da la espalda a Alemania.

«Tenemos la responsabilidad —expresa el presidente francés, dirigiéndose a los líderes reunidos— de no usar nuestro poder militar para destruir los cimientos de nuestra civilización. Rusia ha infringido la ley internacional, sin duda, pero no hasta un extremo que justifique el uso de todo nuestro poder militar. También somos responsables de la seguridad de nuestro territorio y nuestros ciudadanos, que violaríamos si invocáramos el Artículo 5 y las contramedidas que este conllevaría. Desde el punto de vista de Francia, por tanto, no existe justificación para arriesgar de manera tan irresponsable la vida de nuestros ciudadanos.»

Ello significa que dos de los tres países más poderosos de la Alianza, que cuentan con los medios nucleares necesarios para usarlos disuasivamente, pero también para provocar una escalada

del conflicto, no están dispuestos a lanzar una respuesta militar invocando el Artículo 5.

No sin cierta amargura en su voz, el secretario general de la OTAN concluye: «Damas y caballeros, constato que no existe unanimidad en relación con la solicitud de Estonia de invocar el Artículo 5, y por tanto ruego al primer ministro estonio que retire su petición. Si lo acepta, daré por concluida la reunión».

Dado que no hay alternativa, la delegación estonia acepta la propuesta y la reunión se da formalmente por clausurada.

El secretario general se dirige directamente desde la sala de reuniones al vestíbulo del cuartel general, que es donde tienen lugar las ruedas de prensa. Su portavoz lo anuncia a los periodistas internacionales congregados, a los que informa de que el secretario general leerá una declaración, pero no responderá preguntas.

Acto seguido, este se planta delante de las numerosas cámaras y micrófonos y pronuncia una breve declaración: «Damas y caballeros: el Consejo del Atlántico Norte ha reunido hoy a los jefes de Estado y de Gobierno para abordar la petición de Estonia de invocar el Artículo 5 a la vista del acto de agresión de Rusia contra un socio de nuestra Alianza. Si bien ha habido acuerdo entre los participantes de la reunión en que dicha agresión constituye una violación del territorio de un miembro de la Alianza que quebranta el derecho internacional, el Consejo no ha llegado a consensuar la aplicación de contramedidas. Se ha acordado seguir manteniendo conversaciones».

Tras una breve pausa, prosigue. «Deseo concluir con una valoración personal. Hoy ha sido un día oscuro para la Alianza. Gracias.»

El secretario general se vuelve, da la espalda a los profesionales de los medios de comunicación congregados y, seguido de sus

colaboradores más próximos, se dirige a un extremo del vestíbulo y toma el ascensor que lo llevará a su despacho.

Rzhev, Rusia

29 de marzo de 2028, 07.00 UTC

Serguéi Rabotnik es un hombre sencillo. Trabaja en una fábrica dedicada a la producción de maquinaria agrícola, está casado y tiene dos hijas adultas, independizadas desde hace tiempo y que viven su propia vida. Esta semana le toca el segundo turno y esa mañana, como muchas otras veces, se encuentra en su cocina, tomándose un té y poniéndose al día de las noticias. Todavía le falta mucho para tener que ir al trabajo. Su mujer, Galina, que es enfermera en el hospital de una localidad próxima, trabaja en el primer turno esa semana. Así que está solo en casa. No le importa. Al menos podrá estar tranquilo. Como siempre, tiene encendido un pequeño televisor, de fondo, mientras se concentra en el periódico o, para ser más exactos, en la sección de deportes, que es la única a la que presta atención. Para su esposa y para él, el periódico y la televisión son su puerta de acceso al gran mundo ruso. Si uno vive en una ciudad de 60.000 habitantes, a unas cuantas horas en coche de Moscú, la capital queda muy lejos.

Serguéi se ha zambullido en la lectura de unos artículos sobre los últimos resultados de su club, el FC Tver, que una vez más lucha por mantenerse en Segunda División. De repente, en la tele suena una

ráfaga musical, pero esta vez no se trata de un tema pop ni de folclore popular, como de costumbre, sino de una fanfarria.

Desconcertado, la curiosidad lo lleva a levantar la vista del periódico y a volver un poco la silla hacia el televisor, que tienen puesto encima de la nevera.

Si suena una fanfarria es que debe de ser importante, se dice. Y, en efecto, parece que está ocurriendo algo serio. El canal estatal Rossiya 1, que es el que sintonizan siempre en casa de los Rabotnik, emite en directo desde el Kremlin. Parece tratarse de una especie de ceremonia. La cámara enfoca a todos los presentes: hombres y mujeres elegantes, ataviados con trajes y vestidos, pero también militares uniformados, condecorados con medallas al mérito en combate, que lucen en las pecheras. Hay entre doscientas y trescientas personas congregadas en el salón. «¿Por qué?», se pregunta Serguéi. Ni en el periódico ni en la televisión ha visto que ese día vaya a ocurrir nada importante. Piensa que seguramente lo habrá pasado por alto. Sí, debe de ser eso. La verdad es que la política no le interesa mucho.

La cámara recorre en diversas ocasiones las cabezas de los invitados, antes de cambiar de plano. Ahora enfoca los portones dorados del Kremlin, flanqueados por dos guardias de honor, lo que da a entender que se trata de un encuentro a instancias del presidente Obmanshchikov. Porque solo las personas más poderosas del país franquean esas puertas inmensas, pesadísimas. Poco después, los dos jóvenes guardias las abren con parsimonia y la cámara muestra a Obmanshchikov avanzando por la alfombra roja, seguido por dos hombres, uno a cada lado.

Cuanto más se acerca Obmanshchikov a la cámara, mejor se distingue a sus acompañantes. El de la izquierda es Vladímir Putin, y el de la derecha, el presidente de Bielorrusia, Aleksandr Grigórievich

Lukashenko. Se los ve más viejos, y así plantados junto al joven y dinámico presidente ruso, parecen dos antiguos *aparatchiks* soviéticos.

La cámara sigue a los tres hombres hasta el estrado, antes de volverse hacia la multitud, que los aplaude puesta en pie. Tras lo que parece una eternidad de ovación atronadora, los presentes vuelven a sentarse y en la sala, súbitamente, se hace el silencio.

Obmanshchikov se acerca al micrófono e inicia su declaración. «Amigos...», dice, y parece claro que el uso de ese término encierra algo especial. En condiciones normales habría recurrido a un «damas y caballeros», pero opta por «amigos», que denota un trato más familiar, menos formal. A Serguéi, desde su cocina, mientras le da otro sorbo al té, no se le escapa que se trata de algo poco habitual.

«Amigos —repite Obmanshchikov—, la de hoy es una jornada especial, un gran día para nuestra patria. Hoy es el día en que a nuestro país se le devuelve la grandeza. A nuestro país y a nuestra civilización rusa. Pues hoy puedo afirmar que Narva ha regresado al seno de nuestra gran nación. Y eso no es todo. Hoy es también un día de avance para el Tratado de la Unión de Rusia y Bielorrusia, con Aleksandr Grigórievich Lukashenko. Hemos acordado que nuestras dos naciones se convertirán en una sola el 1 de junio de 2030. La estrecha cooperación de los años recientes va a convertirse en unión: un Parlamento, un ejército, un presidente. Así, Rusia recuperará su anterior fortaleza.

»Desde 2014, hemos luchado contra las fuerzas que perseguían mantener pequeña a Rusia, que han intentado impedirnos ocupar el lugar que nos corresponde en el mundo, y nosotros las hemos derrotado. Occidente, con su agresiva política antirrusa, con su decadencia y su visión perversa de la humanidad, ha sido derrotado, a un alto precio, precio que, como vemos hoy, no ha sido en vano.

Hemos derrotado a los fascistas ucranianos, y hemos derrotado a quienes los apoyaban. He acordado con el presidente de Estados Unidos iniciar conversaciones sobre la reorganización del edificio de seguridad europeo, así como sobre diversas cuestiones de alcance global, conversaciones que se iniciarán en breve.

»Y todo lo hemos conseguido por nosotros mismos, combatiendo a los poderes más mortíferos del mundo, que han buscado humillarnos y aplastar nuestra patria. Pero también tenemos amigos que siempre han estado de nuestro lado. Deseo expresar mi gratitud, principalmente y, en primer lugar, al presidente Xi. Además, el presidente Modi también ha resultado ser un amigo leal de la nación rusa en unos momentos muy difíciles para nosotros.

»Juntos, nos esforzamos por hacer realidad un mundo en paz en que el poder se distribuya en diversos polos. Un mundo que sea justo para todos los pueblos. En cuanto defensores del sur global, deseamos contribuir al bien de todos. Ya no habrá una política global en que una potencia les diga a las otras lo que pueden y no pueden hacer. Esos tiempos ya han quedado atrás.

»Nada de todo eso, y hago especial hincapié en este punto, nada de todo esto habría sido posible de no ser por un hombre que, hace ya casi treinta años, tomó el destino de nuestro país en sus manos y nos ha conducido, desde nuestras horas más oscuras, hasta las cimas más elevadas. Debemos a este hombre, Vladímir Vladímirovich Putin, nuestro agradecimiento eterno y más profundo y...»

El resto de la frase queda sepultado bajo el aplauso atronador del público.

Serguéi Rabotnik vuelve a mover la silla hacia la mesa y retoma la lectura del periódico. No entra a trabajar hasta dentro de tres horas. Aún queda mucho tiempo, piensa para sus adentros.

Moscú y Beijing

30 de marzo de 2028: un nuevo centro

Es de noche y bastante tarde ya cuando el presidente Obmanshchikov llama al presidente Xi. El teléfono da señal dos veces antes de que descuelguen desde Beijing.

«Presidente, qué alegría oírle. ¿Cómo está?»

«No podría estar mejor —responde Obmanshchikov—. La historia avanza más deprisa que en los últimos cien años, presidente.»

Obmanshchikov no ve la sonrisa que se dibuja en el rostro de su interlocutor.

Xi siente que se encuentra en la cima de su poder. Su plan, desarrollado a partir del de sus predecesores, parece estar funcionando. La meta ya está a la vista. El poder de Estados Unidos se ha resquebrajado, y el dominio chino del mundo está al alcance. Se percibe satisfacción en la voz de Xi cuando responde: «Sí, y seremos nosotros los que determinaremos qué rumbo ha de seguir».

Conclusión

Como ya se explicaba en el prefacio, en el mundo académico, escenarios como este se basan en el seguimiento de tendencias y hechos observables. No surgen de la nada ni existen en el vacío. Tampoco constituyen la representación de una evolución inevitable. Todo lo contrario: desarrollamos escenarios de este modo, precisamente, a fin de poder prepararnos para ellos y evitar que ocurran.

En ese contexto, debemos terminar preguntándonos qué factores en este escenario llevarían a Rusia a ganar. ¿Por qué la OTAN suspendería la prueba a la que está siendo sometida? ¿Hasta qué punto son realistas los eventos aquí descritos, y qué podemos hacer para impedir que ese resultado se vuelva real?

Lo que resulta clave son las lecciones que extraemos de este escenario para la confrontación con Rusia. Porque esta continuará, independientemente de cómo y cuándo termine el conflicto en Ucrania. Rusia seguirá siendo la principal amenaza para la seguridad en Europa en un futuro predecible.

Coerción nuclear

Por encima de todo, debemos mencionar el éxito del uso de la amenaza nuclear. Desde el inicio de la invasión a gran escala de

Ucrania en 2022, sobre los países que han proporcionado asistencia militar a Ucrania han recaído amenazas rusas sobre el recurso a las armas nucleares. A veces esas amenazas se han dirigido contra Ucrania, a veces contra los países que la apoyan. Pero, en todos los casos, esas amenazas no han estado exentas de consecuencias. Aunque no se han dado evidencias de que Rusia, en realidad, se haya preparado para desplegar armas atómicas —por ejemplo, retirando cabezas nucleares de los silos para trasladarlas a sus sistemas de lanzamiento—, la mera amenaza de su posible uso ya ha tenido impacto.

En primer lugar, en muchos países ello ha disparado lo que se conoce como propagación del miedo, o incluso mercadeo con el miedo.[1] El grupo de «mercaderes del miedo» es diverso. Incluye a personas que defienden las posiciones rusas por convicción ideológica, a personal militar en la reserva que intenta compensar su irrelevancia ante la opinión pública, a periodistas que parecen sentirse en su salsa en los extremos, a derecha e izquierda del espectro político, así como a un pequeño grupo de investigadores. A todos ellos los acompaña un gran número de usuarios de las redes sociales y de troles.

Este grupo ha recogido el temor justificado del público en general y de parte de la élite política a una escalada generalizada del conflicto y ha hecho de él su modelo de negocio. Aun antes de la invasión a gran escala, defendían que todas las demandas de Moscú debían satisfacerse a fin de prevenir un ataque. Y desde el inicio de la fase álgida de la guerra no han dejado de recordarnos su preocupación de que cualquier entrega de armas conducirá de manera inevitable a una escalada e incluso, posiblemente, al uso de armamento nuclear. Según su argumento, a Rusia no se la puede vencer, y Ucrania debería rendirse lo antes posible. Con su elocuente

presencia en los medios de comunicación y en las redes sociales, ese grupo ha conseguido inquietar a una parte importante de la población.

El impacto de ello resulta bien visible. Las encuestas muestran que un número creciente de personas está a favor de aumentar la cautela a la hora de transferir ciertos sistemas armamentísticos y apoya la idea de un alto el fuego según los términos marcados por Rusia. Se trata de un segmento de la población que todavía no es mayoritario, pero que más crece cuanto más dura la guerra. La política democrática no puede ignorarlo; después de todo, este grupo representa una porción significativa del electorado alemán, y en la zona oriental de Alemania el sistema de partidos se ha visto alterado por él en las últimas elecciones.

Los políticos han reaccionado retrasando y reduciendo la ayuda militar. La difícil situación militar en la que se encuentra la propia Ucrania en el momento de redactar estas líneas se debe, en parte, a estas vacilaciones. Sí, es evidente que Ucrania también ha cometido algunos errores garrafales, y sigue teniendo dificultades para reclutar a nuevos soldados, por ejemplo. Pero también lo es que los países europeos tardaron demasiado en suministrar a Ucrania siquiera un pequeño número de carros de combate modernos. Rusia aprovechó ese tiempo para reorganizar sus tropas y, sobre todo, para levantar extensas estructuras defensivas en el sur de Ucrania, que a la larga llevaron al fracaso de la contraofensiva ucraniana, lanzada en verano de 2023.

En todo caso, la amenaza nuclear también ha hecho que se impongan restricciones a Ucrania en cuanto al uso de los sistemas armamentísticos usados, lo que, en la práctica, ha obligado al país a defenderse atado de pies y manos. Dicho de otro modo: se ha

considerado que Ucrania debía luchar de una manera que sus aliados nunca habrían adoptado.

Toda la ayuda militar a Ucrania se ha aportado en un escenario en el que se ha mercadeado con el miedo a una posible escalada militar. Siempre ha llegado demasiado tarde en relación con la situación militar, y siempre resulta excesivamente escasa para permitir que el país se defienda con éxito frente a su enemigo. La lección que Rusia extrae de estas experiencias es que las amenazas nucleares funcionan para disuadir al otro bando de adoptar ciertas medidas. Así, las amenazas atómicas rusas, en el caso de Narva, tal como se apunta en el escenario que planteo, además de las consecuencias resultantes para la cohesión en el seno de la OTAN, no son producto de la fantasía, sino una conclusión realista a la que puede llegarse a partir de los acontecimientos que se han producido en los últimos años. Es evidente que no podemos fingir, sin más, que las armas nucleares no existen. Pero de lo sucedido recientemente podemos aprender que debemos ser conscientes de los mecanismos psicológicos coercitivos asociados a la amenaza de usar armamento nuclear, y tener en cuenta, para nuestros razonamientos, que Rusia recurre a ellos de manera deliberada y táctica.

Ausencia de estrategia

Otro factor que resulta clave en cualquier análisis de la situación en Ucrania, y que puede seguir incidiendo en el futuro, es el hecho de que nunca ha habido una estrategia clara entre los líderes occidentales. Por otro lado, desde hace tiempo ha existido rechazo a reconocer que la guerra de agresión de Rusia es mucho más que una guerra para destruir a Ucrania. Esencialmente se trata de un

conflicto sobre el orden mundial, sobre la estructura futura del sistema internacional. Los Estados que aspiran a mantener el orden mundial liberal se enfrentan directamente con aquellos que buscan una revisión radical del sistema. Los líderes políticos se han mostrado demasiado lentos a la hora de captarlo, y sigue sin haber una comprensión lo bastante extendida de esta idea, lo que ha llevado a los líderes occidentales a subestimar la creciente cooperación militar entre Irán, China, Corea del Norte y Rusia. Como consecuencia de ello, se han hecho muy pocos esfuerzos por evitar dicha cooperación, y una y otra vez se pasa por alto la relación que existe entre diversos puntos de conflicto en el mundo. Con el tiempo, esto ha contribuido a la aparición de una especie de bloque militar que, en el escenario que planteo, acude a la ayuda de Rusia mediante el uso de tácticas de distracción.

Es más, esa falta de estrategia entre los líderes occidentales se ha manifestado de manera evidente en la consiguiente falta de una definición clara de sus objetivos en su apoyo a Ucrania. ¿La finalidad es ayudar a Ucrania a estar en disposición de liberar su territorio de la ocupación rusa? ¿Es permitir a los ucranianos destruir la capacidad militar de Rusia para que deje de suponer una amenaza para el resto de Europa? ¿Es permitir que Ucrania resista hasta que Rusia se avenga a comprometerse con la paz? ¿O la intención es perseguir todas esas metas de manera simultánea?

Hasta hoy, sigue sin estar claro qué metas estratégicas persiguen los países que apoyan a Ucrania. Sea como fuere, de lo que no hay duda es de que la expresión tantas veces usada por el excanciller alemán Olaf Scholz —«Ucrania no debe perder, Rusia no debe ganar»— no es, en sí misma, una estrategia, porque deja sin respuestas las preguntas que acabo de formular, y sustituye unas metas operativas asumibles por nociones vagas. Pero sin una

estrategia clara no puede haber una vía de acción clara por lo que se refiere al apoyo a Ucrania. Porque este apoyo deriva de esa estrategia.

A medida que el conflicto iba avanzando, entre muchos líderes políticos empezó a pesar más el temor a una desintegración de Rusia como consecuencia de su derrota en Ucrania que el deseo de una victoria ucraniana. El llamado «motín de Prigozhin» del 23-24 de junio de 2023, o «rebelión del Grupo Wagner», en que una milicia comandada por el líder mercenario renegado consiguió hacerse con algunas zonas del país durante veinticuatro horas sin que nadie lo impidiera, y sin una resistencia militar significativa —lo que le permitió llegar a 70 kilómetros de Moscú—, alimentó los temores de Washington (a los que yo sumaría los de Berlín) de que estallara una guerra civil en Rusia, país que posee 6.000 cabezas nucleares.

En cualquier caso, esa falta de un impulso claro para conseguir la derrota rusa también ha tenido que ver con el piadoso deseo, expresado por muchas partes, de que Moscú acabaría entendiendo que esta guerra no merecía ser librada. Ha habido incluso quien parece creer que Putin aguardaba, simplemente, una oferta adecuada de Occidente para sentarse a la mesa de negociación y acordar un tratado de paz. Con excesiva lentitud, y demasiado tarde, los líderes occidentales empiezan a considerar que Putin no tiene el más mínimo interés en una paz basada en las cesiones. Pero, hasta hoy, se mantiene la esperanza de que el presidente entre en razón. Las dudas sobre las intenciones del presidente ruso —tema recurrente a lo largo de los escenarios que plantea el presente libro — son básicamente plausibles, dada la percepción errónea, mantenida desde que este llegó al cargo en el año 2000, de que, en el fondo, el líder ruso está tan interesado en alcanzar soluciones diplomáticas como sus homólogos democráticos. Durante demasiado

tiempo Putin no ha sido visto como lo que es: un dictador para quien el uso de la fuerza es un medio legítimo con el que conseguir lo que considera que redunda en interés de Rusia. Hasta cierto punto, algunos líderes aún esconden la cabeza debajo del ala en relación con esta cuestión. Pero eso es algo que deberá cambiar si Occidente aspira a sobrevivir a un escenario como el que acabamos de describir.

Fatiga

En este escenario, la fatiga juega un papel fundamental, tanto a nivel social como político. Además de despertar miedo mediante la amenaza de una escalada nuclear, la estrategia de Putin ha consistido en confiar en el cansancio de las sociedades democráticas. El sencillo razonamiento que subyace a esta estrategia es el siguiente: cuanto más tiempo se prolongue la guerra, mayor será la carga económica y más probable será que los electorados flaqueen en su apoyo a Ucrania, y que en la sociedad surja un estado de ánimo que los Gobiernos deban tener en cuenta a la hora de tomar sus decisiones.

Así pues, Putin cree que una dictadura puede librar una guerra durante más tiempo que una sociedad democrática, y por lo que se ve no está del todo equivocado en su suposición. Cuanto más se ha prolongado la guerra, mayor ha sido el segmento de la población, en numerosos países, que ha empezado a dudar de si había merecido la pena el apoyo a Ucrania. El aval a las sanciones a Rusia menguaba a medida que crecía la percepción del consiguiente coste. En algunos países, extremistas de derechas y, en ciertos casos, partidos populistas de izquierdas se han beneficiado de esa fatiga, y han

hecho del precio de la guerra un tema central de sus campañas electorales. Y dado que ya hemos visto que la aceptación de refugiados ucranianos se usaba con fines propagandísticos (y no solo por parte de esos partidos), las brechas sociales que se apuntan en el escenario que planteo parecen más que plausibles a medida que el flujo de refugiados siga dándose.

En todo caso, hay otro aspecto de la fatiga que debe tomarse en consideración. A pesar de las advertencias de prácticamente todos los ministros de Defensa y jefes del Estado Mayor (e incluso de jefes de Estado y de Gobierno), en el sentido de que el imperialismo ruso no se detendrá en Ucrania, de que Rusia ya está preparándose militarmente para el día después y de que no puede descartarse un futuro conflicto militar entre la OTAN y Rusia, grandes sectores de la población se mantienen escépticos en relación con esas predicciones. Y en realidad es comprensible. Casi todos los días asistimos a importantes pérdidas de vidas y equipos sufridas por las Fuerzas Armadas rusas en su conquista de territorio ucraniano. Ello plantea la pregunta de cómo va a ser capaz ese país de organizar otra operación militar a gran escala en apenas unos años, y más contra la OTAN.

Esas dudas se ven más reforzadas aún por campañas de desinformación bien dirigidas, que contribuyen a hacer que, para muchos, ese posible futuro resulte inconcebible. Pero si no podemos concebirlo, a los actores políticos les resulta difícil prepararse para esas eventualidades. Así, no existe un amplio consenso social a partir del cual tomar decisiones sobre un aumento del gasto en defensa, sobre una aceleración de los procesos armamentísticos o sobre la reimplantación del servicio militar obligatorio en países en los que, en los últimos treinta años, este se ha suspendido o ha sido abolido. En efecto, corresponde a los políticos ejercer un liderazgo

político consciente en torno a estas cuestiones, no negociarlas teniendo en cuenta solamente a la opinión pública y pensando solamente en los resultados electorales. Y esos liderazgos se echan de menos, a pesar de ser más necesarios que nunca. No en vano el actual conflicto podría llevar a la Federación Rusa a prepararse para una posible guerra futura contra la OTAN o contra un Estado miembro de la OTAN, mientras que los Estados miembros europeos de la Alianza quedan muy rezagados.

Las brechas de capacidad descritas en el escenario que he planteado (en defensa aérea, en el lanzamiento de los denominados «ataques profundos») son reales, no ficticias, como también lo es la falta de capacidad de ampliación. Así pues, no es poco realista pensar que Rusia vaya a poner a prueba a la OTAN, tal como se plantea aquí. El Kremlin es muy consciente de que la Alianza carece de capacidades de respuesta rápida, de que sus Estados miembros y sus poblaciones están cansados del conflicto con Rusia, y de que el Artículo 5 del Tratado del Atlántico Norte no implica una obligación automática de proporcionar asistencia. Desde que Donald Trump asumió el cargo, ha habido considerables dudas sobre si Estados Unidos acudiría en ayuda de Europa en caso de emergencia. El secretario de Defensa de Estados Unidos, Pete Hegseth, dejó claro durante la reunión del Grupo de Contacto para la Defensa de Ucrania (conocido como el Grupo de Ramstein) el 12 de febrero de 2025 que su país ya no se ve como la primera garantía de seguridad de Europa. Ello podría hacer que a Rusia le resultara más tentador plantearle una «prueba de esfuerzo» a la OTAN. Sin la disponibilidad de unos «facilitadores estratégicos» (estratégicos en transporte aéreo, en reabastecimiento en vuelo, en misiles de crucero con un alcance superior a los 2.000 kilómetros y, sobre todo, en reconocimiento por satélite), es posible que Europa pudiera

defenderse a sí misma, pero podría ser que no estuviera necesariamente preparada para emprender acciones ofensivas.

Sobre esta cuestión, conviene afirmar de manera clara que: si el escenario planteado —es decir, una prueba geográficamente limitada a la resiliencia del Artículo 5— condujera al desenlace aquí descrito, Rusia, entonces, habría conseguido su propósito. Moscú habría destruido finalmente la arquitectura de seguridad europea tal como ha existido para la Europa occidental desde 1949, y para los países del centro y el este de Europa y los Estados bálticos desde 1990. Si los Estados miembros no creen que el Artículo 5 —la promesa colectiva de asistencia mutua— sigue siendo válido, entonces la OTAN está acabada, pues ya no sirve a su finalidad intrínseca.

¿Qué puede hacerse?

Como ya se ha mencionado, los escenarios no solo se usan para presentar futuros posibles con la idea de prepararse para ellos; también pueden servir, precisamente, para evitar que esos futuros lleguen a ocurrir. Es importante influir en los factores del presente que un escenario dado proyecta en el futuro. Vamos a concluir planteando lo que ello implica en el caso del escenario expuesto en estas páginas.

Donald Trump juró el cargo justo cuando yo ponía el punto final a la primera edición de este libro. Como era de esperar, su promesa de campaña de acabar con la guerra entre Rusia y Ucrania en veinticuatro horas quedó en nada. Hasta él se dio cuenta enseguida de que un alto el fuego o un acuerdo permanente entre los dos países iba a tardar un poco en llegar.

El escenario que planteo se basa en la suposición de que Estados Unidos retirará su apoyo a Ucrania y, después, en gran medida, se retirará de Europa a fin de concentrarse en Asia. Se trata de una dirección plausible, y las primeras semanas del segundo mandato de Trump la han convertido en más probable aún. Poder visualizar las consecuencias nos ayuda a comprender la situación estratégica en la que se encuentran los países europeos de la OTAN. Por lo que respecta a la cuestión existencial de su propia seguridad, si Europa ha de ser independiente de las decisiones que se toman en Washington —unas decisiones sobre las que solo puede influir hasta cierto punto—, el momento de actuar es ahora.

Pero una retirada de Estados Unidos no es inevitable, al menos no de forma inmediata. Coincidiendo aproximadamente con la toma de posesión de Trump, su equipo de Seguridad Nacional pareció llegar a la conclusión de que no podía dejarse, sin más, que Rusia se saliera con la suya en Ucrania. Hacerlo no haría sino dar alas a Rusia en sus ambiciones neoimperiales, y plantearía una amenaza permanente no solo para el resto de Ucrania, sino también para los Estados vecinos. En segundo lugar —y podríamos presuponer que más importante desde la perspectiva de los confidentes de Trump—, el presidente de Estados Unidos quedaría como un débil a ojos de Putin y Xi, algo a evitar a toda costa, entre otras cosas para impedir que otros países recurrieran a planteamientos militares para redibujar sus fronteras.

Por ello, en un primer momento pareció que la nueva administración llegaría, quizá, a la conclusión de que debía seguir proporcionando apoyo militar a Ucrania, para que los ucranianos estabilizaran el frente y pudieran sentarse a negociar en las mejores condiciones de partida posibles. Trump también se enfrenta al reto de convencer a Putin para que, de entrada, acepte un alto el fuego. Desde la perspectiva de este, la guerra contra Ucrania va bien por el

momento. Con la disminución del envío de armamento a Ucrania, las tropas rusas han ganado aún más terreno en el Dombás, lo que significa que Putin, en la actualidad, tiene pocos o nulos alicientes para implicarse seriamente en negociaciones. Por lo tanto, he considerado posible que la Administración Trump hiciera exactamente lo contrario de lo que ocurre en mi escenario: que redoblara su apoyo, aunque solo fuera a corto plazo, y siguiera la estrategia de «escalar para desescalar», con la idea de conseguir que Rusia estuviera dispuesta a ceder y de obligarla a sentarse a la mesa de negociación. Ese pronóstico, que podría extrapolarse a partir de varias declaraciones del equipo de Seguridad Nacional de la Administración Trump, ha acabado por no resultar acertado. Al menos así lo parece ahora, cuando me encuentro revisando esta sección. En cualquier caso, en cuestión de semanas la situación podría ser diferente.

Todo esto muestra una cosa por encima de cualquier otra: la esencia de la política de Trump es la impredecibilidad. Un día, el presidente estadounidense llama dictador a Zelenski, al día siguiente opina lo contrario y quiere cerrar un acuerdo que dé a Estados Unidos control sobre valiosas materias primas. Poco después, humilla al presidente ucraniano en el despacho oval, se dedica a propagar el relato ruso, culpa a Zelenski de la falta de paz y, al final, expulsa de la Casa Blanca a la delegación de Ucrania sin llegar a ningún acuerdo. Después suspende los envíos de armamento, y se divulga que las agencias de inteligencia estadounidenses ya no comparten información con Ucrania, todo lo cual juega a favor de Putin.

Por otra parte, Trump ofrece al presidente ruso una amplia cooperación, prometiendo levantarle las sanciones y devolver a Rusia al G7, al tiempo que su secretario de Defensa deja claro que

Estados Unidos no contribuirá a forzar ningún posible alto el fuego en Ucrania. Siguiendo una táctica de negociación extraordinariamente innovadora, la Administración Trump anuncia entonces, antes incluso de que se hayan iniciado las conversaciones, qué concesiones piensan hacer a Rusia, incluido el bloqueo a una entrada de Ucrania en la OTAN. Y cuando la gente empieza a preguntarse en qué se diferenciaría el comportamiento de Trump del de un posible agente ruso instalado en la Casa Blanca, el presidente de Estados Unidos amenaza a Putin con sanciones y aranceles si no pone fin a los duros bombardeos sobre Ucrania. Sin embargo, descarta aplicar sanciones más duras contra la flota en la sombra rusa, y se dedica a ensalzar al presidente de la Federación porque, según él, quiere poner fin a la guerra y va a ser más generoso de lo estrictamente necesario en las negociaciones.

Viéndolo desde un prisma pesimista, Trump es o bien un activo ruso o bien un ser confundido y errático. Siendo positivos, el presidente estadounidense sigue la estrategia del loco, como Richard Nixon durante la guerra de Vietnam. Un planteamiento ligeramente modificado consistiría en reducir la fiabilidad hasta el punto de que nadie (ni sus adversarios ni sus aliados y socios) pudiera estar seguro de lo que Trump va a hacer a continuación, de manera que todo se centrara en él y en su agenda y acabara saliéndose con la suya. La finalidad de ello sería superar una estructura muy arraigada a través de comportamientos deliberadamente irracionales. Pero si esa es la meta, esta estrategia está condenada al fracaso... o bien llevará a que la guerra de Ucrania acabe a favor de Rusia, tal como ocurre en el escenario que planteo. Porque el tiempo juega a favor de Rusia. Mientras que Donald Trump necesita obtener un éxito en sus negociaciones con Putin, pues eso es lo que prometió, Rusia tiene escasos incentivos para apresurarse a iniciar conversaciones. El

presidente ruso puede esperar hasta obtener lo que quiere, o romper las negociaciones y dejar que sus tropas reanuden los combates. Trump ya ha enseñado todas las cartas que pudiera tener para presionarlo. Un avezado agente del KGB como es Putin no va a sentirse intimidado por la conducta errática de Trump.

Independientemente de los giros de guion y las ideas peregrinas con que nos sorprenda Trump, a fin de evitar que se produzca un escenario como el que se describe en este libro, los europeos deberán llegar a una posición en la que puedan disuadir a Rusia por sus propios medios, sin la ayuda de Estados Unidos. El argumento que siempre se ha esgrimido —que la diferencia fundamental entre Ucrania y los Estados bálticos es la pertenencia de estos a la OTAN y, con ella, el compromiso de protección que les proporciona el Artículo 5 del Tratado del Atlántico Norte— solo es válido hasta cierto punto, tal como se demuestra en este escenario y según las declaraciones de la Administración Trump en el sentido de que la seguridad de la Alianza depende de los compromisos de aumentar el gasto.

Además, si nos fijamos en la historia de la OTAN desde 1949, entre los miembros europeos de la Alianza ha existido el temor persistente de que Estados Unidos no respete las obligaciones derivadas de la cláusula de defensa colectiva. Ciertos Estados miembros se han preguntado reiteradamente si Estados Unidos estaría dispuesto a asumir la destrucción de Nueva York para liberar Hamburgo. Si esos temores dominaban en una época en que toda Europa sentía la amenaza de la Unión Soviética y el Pacto de Varsovia, en la actualidad resulta razonable preguntarse por qué no solo Estados Unidos, sino también países como Portugal y España (por nombrar solo dos ejemplos), pondrían en peligro las vidas de sus soldados y civiles en caso de una escalada regional muy limitada. Esa es precisamente la pregunta que se formula Rusia, y si

queremos evitar una prueba como la que planteo en mi escenario, entonces debemos asegurarnos de que la respuesta de Moscú a esa pregunta nos juegue a favor.

Dicho de otro modo, que el Kremlin calcule que el riesgo asociado a ese tipo de acción es mayor que sus posibles beneficios.

Albergar la esperanza de que Rusia vaya a ser demasiado débil en el futuro como para atacar a otros Estados, o de que sus ambiciones imperiales vayan a circunscribirse a ciertas partes de Ucrania, es construir castillos en el aire. Putin no ha dejado nunca la menor duda de que su compromiso es devolver a Rusia su pasado estatus y destruir la arquitectura de seguridad europea. Desde su perspectiva, la suya es una misión histórica, y su disposición a sacrificar vidas rusas en Ucrania y a permitir que su economía sufra es testimonio elocuente del afán de misionero con que persigue sus metas.

En adelante, los europeos tendrán que seguir manteniendo los esfuerzos que llevan unos años haciendo para equipar sus Fuerzas Armadas, tanto en lo que se refiere a material como a personal. Dado que ya no puede contarse con los estadounidenses para que apuntalen las capacidades disuasorias de Europa, esta tendrá que hacer mucho más en el futuro. Porque solo si en Rusia se afianza la sensación de que somos realmente capaces y estamos dispuestos a defender todos y cada uno de los «metros cuadrados» de nuestro territorio, reduciremos la probabilidad de que Rusia, en algún momento, someta a la Alianza Atlántica a alguna prueba .

Han sucedido muchas cosas en la defensa europea desde que se editó por primera vez este libro. Desde que tuvo lugar la Conferencia de Seguridad de Múnich, y desde el escándalo protagonizado por Zelenski-Vance-Trump en la Casa Blanca, ha crecido la conciencia de que no puede contarse con Estados Unidos como socio de seguridad. La mayoría de los países europeos se han dado cuenta de

que Europa tendrá que valerse por sí misma y debe hacer todo lo que pueda, y lo antes posible, para asegurar que será capaz de defenderse a sí misma. A ese fin, en la cumbre de la Unión Europea celebrada el 6 de marzo de 2025 se destinó una suma gigantesca de dinero (800.000 millones de euros), y se acordaron amplias medidas para permitir que los Estados miembros inviertan más en su defensa. Hasta en Alemania se plantean unas cifras que incluso después de la invasión rusa de Ucrania de febrero de 2022 se consideraban impensables.

Por tanto, es bastante posible que Europa esté a la altura del reto histórico al que se enfrenta. En el escenario que he descrito se muestra qué amenaza con ocurrir si el impulso que actualmente se ha generado no conduce a una acción efectiva, si este empieza a menguar, o si esas grandes sumas de dinero se dilapidan o se desvanecen. El factor decisivo no es la cantidad de dinero puesto a disposición, o incluso comprometido. Lo que importa son las capacidades militares que acaben por surgir de ahí. Y en este punto el tiempo resulta crucial. Incluso disponiendo de una mayor financiación, se tardará varios años en contar con armamento tradicional en las bases militares europeas. Y, entretanto, la falta de protección por parte de Estados Unidos potencia el incentivo de Rusia para poner a prueba a la OTAN tal como se describe en el libro. Así pues, también resulta fundamental determinar cómo y con qué propósito se gasta el dinero. La acumulación rápida de capacidades disuasorias concretas es más importante que la cantidad de tanques inventariados en los equipos.

En el escenario que planteo, lo que juega un papel fundamental, además de la disminución del armamento, es, en numerosos Estados de la OTAN, la falta de disposición por parte de la ciudadanía a plantarle cara a Rusia de manera congruente. Una sociedad que no

es consciente de que es su estilo de vida lo que se ve amenazado por la guerra híbrida, que no se da cuenta de que Rusia persigue erosionar la confianza en la capacidad de resolver problemas que tienen las instituciones y los procesos democráticos —cosa que hace a través de una serie de medidas propagandísticas y de campañas de desinformación a fin de desacreditar la democracia como forma de gobierno—, no desarrollará la disposición a volverse resiliente o resistente. La resiliencia es el principal requisito previo para llegar a encarar con éxito los desafíos a los que los países europeos se enfrentarán en los años venideros. Rusia solo será disuadida y se mantendrá a raya si las sociedades europeas están dispuestas a pagar el precio. En el caso extremo de la defensa de la Alianza, ese precio se medirá en vidas humanas, pero ya se está pagando en costes económicos y políticos. Cualquiera que aspire a incrementar el gasto en defensa deberá recortar en otras áreas, o frenar inversiones en otros ámbitos. Ello también implicará una reevaluación de las prioridades de los Gobiernos.

La falta de resiliencia en la sociedad tiene unas consecuencias negativas que van más allá del impacto financiero. Las Fuerzas Armadas no pueden cumplir con su misión durante mucho tiempo si no cuentan con el apoyo popular. Es la resiliencia la que permite al Gobierno cumplir con su mandato de garantizar la seguridad externa. Aun así, para que una sociedad desarrolle la disposición a volverse resiliente, hace falta que su Gobierno le comunique con gran claridad qué es lo que hay en juego. Las sociedades democráticas se encuentran amenazadas por una guerra híbrida, y en último extremo lo que está en juego es nada menos que la defensa de la democracia como forma de gobierno o, por expresarlo de manera más drástica: la defensa de cómo vivimos y cómo queremos vivir.

Notas

1. Los párrafos siguientes están extraídos de un artículo de opinión que publiqué en *Handelsblatt* el 6 de diciembre de 2024, titulado «Die Angstunternehmer» [Los mercaderes del miedo].

Si Rusia ganara. Un escenario más que probable
Carlo Masala

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *If Russia Wins*

© Verlag C.H.Beck GmbH & Co. KG, Múnich, 2025

Publicado por contrato con Gaeb & Eggers Literary Agency, Berlín.

© de la traducción del inglés, Juanjo Estrella, 2026

Diseño de la cubierta: Holly Battle
Imagen de la cubierta: © Dzyuba y © jakkapan21 / Istock / Getty Images

© Edicions 62, S.A., 2026
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026

ISBN: 978-84-1100-462-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta